

Ⓐ PS Report

Partido Socialista de Chile



MATERIALES PARA LA DISCUSION
DEL PROYECTO SOCIALISTA



INDICE

Convocatoria	2
Circular a Secretarios Regionales, Provinciales y Comunales del Partido	3
Documento "Proyecto Socialista", Comisión de Estudios Teóricos	
Resumen-esquema	5
Documentos	8
Pauta de observaciones	25
Documento "Apuntes para tenerse presente en la elaboración del Programa Democrático Avanzado de los socialistas, Clodomiro Almeyda Medina	26
Documento "Declaración de Principios del partido Socialista de Chile (Proyecto)", Adonis Sepúlveda Acuña.	48

Santiago, 25 de enero de 1993

A : Compañeros Secretarios Regionales, Provinciales y Comunales
De : Luis Maira, Secretario General
Ref. : Preparación de la Conferencia Nacional sobre Proyecto Socialista

Estimados compañeros:

En vista de la preparación de la Conferencia Nacional sobre Proyecto Socialista acordada por el Congreso de La Serena y fijada por el I Pleno del Comité Central para los días 20 y 21 de marzo del presente año; estamos adjuntando 3 documentos de reflexión: el preparado por la Comisión especial designada por la Vicepresidencia de Estudios y Programa, y los presentados por los compañeros Clodomiro Almeyda y Adonis Sepúlveda, respectivamente.

Con el fin de organizar el debate del documento Proyecto Socialista, les estamos adjuntando, además, un resumen y esquema -para facilitar su comprensión- y una pauta de observaciones, para la entrega de sugerencias, recomendaciones y observaciones al documento.

Esta pauta debiera ser utilizada con el fin de que se haga llegar, a través de las secretarías comunales, provinciales y regionales las observaciones correspondientes, de modo de preparar adecuadamente la discusión de la Conferencia Nacional.

Se trata de recoger todas las opiniones que los militantes quieran dar y no de presentar posiciones o votos oficiales al respecto, puesto que en esta etapa sólo corresponde lo primero, quedando lo segundo para la Conferencia.

No es obligatorio llenar la pauta completa, sino que cada militante, individual o grupo de militantes, hagan las observaciones de aquellos puntos que les interese. Se trata de que se haga en la forma más concisa posible. Las observaciones pueden ser reafirmaciones, énfasis, rectificaciones o agregados.

Todas las observaciones deberán hacerse llegar a través de las Secretarías Provinciales y Regionales a esta Secretaría General a más tardar el día 1 de marzo de 1993.

Reciban un saludo fraternal.

Luis Maira
Secretario

PROYECTO SOCIALISTA (Documento de Discusión)

Comisión de Estudios Teóricos
del Partido Socialista de Chile

RESUMEN Y ESQUEMA

CARÁCTER DEL DOCUMENTO

1. El documento fue elaborado por una Comisión especial, dependiente de la Vicepresidencia de Estudios Teóricos y Programáticos, en el marco de la elaboración del programa del Partido Socialista. Se trata de un documento oficial de discusión para iniciar el debate teórico-programático. Es oficial en el sentido que ha sido sancionado como documento de discusión por parte de la dirección Partido, pero es de discusión en el sentido que está hecho para iniciar el debate interno y sus contenidos están abiertos a la revisión por parte de los militantes y diversos organismos del Partido, con el fin de llegar a la aprobación de un Documento de Proyecto Socialista en septiembre de este año.
2. El nivel en que se mueve el documento es el de las ideas, fuerzas o matrices de un proyecto político. Se trata de responder a la pregunta por el significado que tiene el socialismo y ser socialista en la época actual. No es, por lo tanto, un programa de gobierno o de medidas y políticas específicas. Ello corresponde a otro proceso en curso, que culminará con la presentación de otros documentos para la discusión del Partido.

EL HILO CONDUCTOR.

1. El hilo conductor del documento es la definición del socialismo como un proceso permanente de superación por parte de los diversos actores sociales de las contradicciones (explotaciones, desigualdades, opresiones, alienaciones), que impiden la plena realización humana de la gente.
2. Las consecuencias de esta definición son:
 - a) El socialismo no es un modelo de sociedad preestablecido, que pueda identificarse con un determinado modelo histórico de sociedad o con ciertos instrumentos definidos de una vez para siempre, sino que su contenido concreto se define democráticamente para cada sociedad y período;
 - b) El socialismo no se agota en la búsqueda de superación de la explotación, sino que lucha contra toda forma de dominación que haga imposible la realización humana, definida en términos de libertad, igualdad, solidaridad y felicidad;
 - c) El socialismo no se identifica con un determinado actor, sea éste partido, clase, Estado, sino que se plantea como un proyecto para toda la sociedad y abierto a todos, pero desde la perspectiva de quienes sufren las contradicciones señaladas y junto a todos aquellos que, independientemente de sus ideologías, buscan la realización de los mismos principios.
 - d) El socialismo hace suyo el método político democrático y no considera el método revolucionario de la toma del poder, como parte de su proyecto político.
 - e) El socialismo no se identifica con una teoría universal única o con una ideología monolítica, sino que tiene su propio patrimonio teórico-ideológico, producto de la confluencia de diversas vertientes y del proceso de aprendizaje de la experiencia histórica mundial, continental y nacional.
3. Para el socialismo la gran contradicción en el mundo actual se da entre las crecientes aspiraciones individuales y colectivas de los seres humanos por ser dueños de su destino y las grandes posibilidades que se han abierto para realizarlas, por un lado; y la desigual distribución de los recursos para ello, debido a la apropiación por parte de sectores sociales o de naciones de las fuentes de poder, mecanismos e instrumentos que permiten a cada cual decidir sobre sí mismo, por otro lado.

4. De esta definición de socialismo y de este desafío que enfrenta la humanidad, se desprenden las grandes líneas o tareas del socialismo en América Latina, cuales son:

- a) consolidación, extensión y profundización de la democracia política;
- b) plena integración a la sociedad de los sectores excluidos o marginales, como sujetos y actores de su propia historia;
- c) formulación de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento y democratización social;
- d) inserción en la economía internacional con un perfil autónomo, a través de su integración continental;
- e) construir una mayoría social y política para la realización de estas tareas que consolide y proyecte la Concertación de Partidos por la Democracia.

Las tareas señaladas apuntan a una sociedad democrática, moderna, participativa, crecientemente igualitaria y estimulante del desarrollo personal y colectivo de sus habitantes y creativamente insertada con el resto de América Latina en la comunidad Internacional.

ESQUEMA DEL DOCUMENTO

En la primera parte del documento, se define el significado del socialismo, su patrimonio doctrinario y su carácter de proyecto abierto a toda la sociedad, en los términos que hemos resumido más arriba.

En la segunda, se discute el núcleo histórico de la relación entre socialismo y capitalismo, el aprehendizaje socialista respecto de este punto y las nuevas dimensiones que adquiere el proyecto socialista. La cuestión que puede presentar mayor dificultad aquí es que ni capitalismo ni socialismo son definidos como tipos o modelos globales de sociedad, como fuera establecido en las visiones tradicionales. Ello permite expandir el campo de aplicación de las ideas socialistas a las formas de producción y desarrollo en la economía, y a todas las otras esferas de la vida social, coexistiendo donde sea necesario con el capitalismo como modelo de acumulación, y manteniendo su aspiración a superar sus tensiones y contradicciones dentro del marco de la democracia política y del crecimiento económico.

En la tercera parte, se aborda la situación del socialismo a fines de este siglo, analizando los viejos y nuevos temas presentes y el desafío de la modernidad, reafirmando y actualizando los principios y valores del socialismo y definiendo su carácter democrático en lo político y transformador en lo social y cultural. Se hace ver aquí que, además de los temas clásicos de explotación y desigualdades, en la sociedad contemporánea surgen otras dimensiones de la organización social, cultural y política que amenazan los valores de igualdad, libertad, autorrealización y solidaridad y que uno de estos problemas nuevos es la dificultad de compatibilizar estos principios. En el mundo actual surgen diversos proyectos o imágenes de sociedad que trata de dar cuenta de estos aspectos y que no corresponden estrictamente a las ideologías tradicionales. Se hace ver que la lucha política tiene cada vez más como contenido esta dimensión cultural de organización de una sociedad vivible para todos y se hace un contrapunto con el proyecto neoliberal a este respecto. La complejidad de esta parte se encuentra en la discusión del concepto de modernidad, que se realiza precisamente para explicar la expansión del campo de aplicación del socialismo respecto de su origen histórico. Se critica la visión tecnocrática que ve la modernidad o construcción de la sociedad moderna como una pura aplicación de la razón científico-técnica. Se reconoce que el socialismo es heredero de esta visión del progreso y se afirma que ella es una dimensión indispensable de la vida moderna. Pero se hace ver que lo esencial de esta vida moderna es la postulación que los sujetos individuales y colectivos son creadores de su propia historia, y que ello implica combinar las dimensiones de: a) razón instrumental y racionalización; b) creatividad, afectividad, expresividad y comunicación; y c) memoria histórica de la sociedad. El socialismo actual es una propuesta de efectiva potencialización de

estas tres dimensiones para cada sociedad. De ahí su carácter renovado y abierto al futuro.

En la cuarta parte, se analiza el contexto mundial y latinoamericano y los desafíos planteados para el socialismo, en los términos resumidos más arriba.

En la quinta parte, se esboza la trayectoria del socialismo chileno, reconociendo sus aportes y sus problemas; se señalan las grandes tareas socialistas para Chile y se plantea la estrategia de construcción de mayorías sociales políticas, a lo que también se ha hecho referencia en el resumen de estas páginas.

CONTENIDO

PREAMBULO

I. EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD

1. Significado del socialismo
2. Sentido del proyecto socialista
3. El patrimonio doctrinario

II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

1. El núcleo histórico
2. Un largo aprendizaje
3. Contra todas las dominaciones

III. LA OPCION SOCIALISTA AL TERMINO DE SIGLO

1. Viejos y nuevos problemas
2. Socialismo y modernidad
3. Reformación de principios
4. Socialismo y Democracia
5. Fortalecimiento de la sociedad civil

IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTORICO

1. El contexto mundial
2. El desafío latinoamericano

V. EL SOCIALISMO CHILENO: TRAYECTORIA Y PROYECTO

1. La trayectoria socialista.
2. Las grandes tareas socialistas
3. La construcción de mayorías sociales y políticas.

Santiago, Febrero de 1992
Comisión de Estudios Teóricos
del Partido Socialista de Chile

Manuel Antonio Garretón, Coordinador
Raúl Ampuero
Manuel Barrera
Ramón Cifuentes
Raúl Díaz
Pfo García
Emilio Gautier
Cecilia González
Ricardo Goyenechea
Luis E. Jobet
Sergio Monsalve
Iván Nazif
Juan Ruz
Augusto Samaniego
Adonis Sepúlveda
Roberto Szederkenyi

Además de los documentos presentados por los miembros de la Comisión sobre temas determinados, y de diversos documentos hechos llegar a la Comisión, se solicitó documentos de trabajo especiales a: Natacha Molina, Enzo Faletto, Manuel Canales, Juan Enrique Vega. En el inicio de los trabajos de la Comisión participaron también Luis Maira, Raúl Erazo, Patricio Quiroga, Antonio Cortés, Enrique Ramírez, Enzo Faletto, Julio Sau, Santiago Escobar.

PREAMBULO

Los cambios fundamentales que se han experimentado a nivel mundial, continental y nacional, hacen que muchos se pregunten por el significado de la izquierda y el socialismo en el mundo de hoy y de mañana.

El proyecto Socialista que presentamos busca responder a esa pregunta no desde el ángulo de las ideologías cerradas ni de las puras propuestas programáticas, sino interrogándose por el sentido histórico de la visión socialista e intentando analizar las condiciones de la sociedad contemporánea que la hacen vigente. Se trata de acortar la brecha entre un discurso ideológico muchas veces rígido y alejado de la dinámica de la realidad, que paga tributo a concepciones y modelos hoy día en crisis, y la práctica y la experiencia diaria de quienes luchan por transformar la sociedad, reflexionando sobre su sentido y proyección. Para ello es necesario redefinir el contenido del socialismo a la luz de las experiencias vividas y de los cambios civilizatorios que están ocurriendo.

No se trata ni de una declaración de principios ni de un programa propiamente tales, sino de una propuesta abierta, un conjunto de ideas fuerzas que constituyen el marco en que deben posteriormente plasmarse las mediadas programáticas.

En la primera parte del documento se define el significado del socialismo, su patrimonio doctrinario y su carácter de proyecto abierto a toda la sociedad.

En la segunda se discute el núcleo histórico de la relación entre socialismo y capitalismo, el aprendizaje socialista respecto de este punto y las nuevas dimensiones que adquiere el proyecto socialista.

En la tercera parte se aborda la situación del socialismo a fines de este siglo, analizando los viejos y nuevos temas presentes y el desafío de la modernidad, reafirmando y actualizando los principios y valores del socialismo y definiendo su carácter democrático en lo político y transformador en lo social y cultural.

En la cuarta parte se analiza el contexto mundial y latinoamericano y los desafíos planteados para el socialismo.

En la quinta parte se esboza la trayectoria del socialismo chileno, se señalan las grandes tareas socialistas para Chile y se plantea la estrategia de construcción de mayorías sociales y políticas.

Entregamos este Proyecto Socialista a la discusión de los socialistas y del pueblo de Chile, en un momento histórico en que se reconstituyen las esperanzas y anhelos de una nación y estamos iniciando la última década de este siglo.

I. EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD

1. Significado del socialismo

El socialismo es la acción consciente y colectiva de las fuerzas sociales que buscan la plena emancipación del ser humano y el desarrollo de las condiciones sociales que permitan la realización de los sujetos individuales y colectivos.

Es por lo tanto:

- una lucha constante por la superación de las contradicciones sociales que generan explotación, opresión y alienación y por la vigencia de los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización personal.
- un proceso permanente de implementación de mecanismos y estructuras que aseguren la socialización progresiva del poder y la gestión o control democrático de las instancias e instrumentos que definen el destino de la sociedad.
- un movimiento que busca generar condiciones materiales, sociales y culturales en las que la gente y los actores sociales puedan libre y solidariamente decidir sobre su vida y el futuro de la sociedad.

2. Sentido del proyecto socialista

El socialismo no se define como una sociedad a la que se llega en un momento dado, ni se identifica con instrumentos, mecanismo o modelos de sociedad pre-determinados. El socialismo se define como un proceso hecho de luchas y consensos por superar las contradicciones que provienen de las desigualdades, las faltas de libertad y las alienaciones. Todo aquello que amenaza la plena realización de los sujetos individuales y colectivos pasa a ser objeto de lucha y política. El socialismo no es la utopía de una sociedad que superó y eliminó todas sus contradicciones para siempre. Sino la utopía de darle a quienes las sufren las condiciones e instrumentos para enfrentarlas y de socializar al máximo las diversas herramientas de poder que existen en la sociedad.

El proyecto socialista asume así al conjunto de la sociedad:

Se postula como una propuesta para los diversos sectores de ella y busca armonizar los intereses de todos ellos en cuanto no atenten contra los valores y principios mencionados. Pero lo hace desde la perspectiva de los sectores oprimidos, dominados, excluidos, explotados. Es decir, lucha contra los privilegios y obstáculos económicos, sociales, culturales y políticos y promueve las transformaciones estructurales e institucionales que permiten no sólo la integración de estos sectores, sino su capacidad de decisión individual y colectiva.

El socialismo afirma el principio de unidad y proyección histórica de la nación y la sociedad, pero reconoce que hay intereses contradictorios y realidades diferenciales de poder. Por ello, sin renunciar a la propuesta para el conjunto de la sociedad, opta por aquellos sectores que sufren las opresiones y por todos los que buscan superarlas, con el fin de restablecer las condiciones de igualdad y libertad para todos. En la sociedad contemporánea, persisten antiguos privilegios y se crean otros nuevos. Existen, por lo tanto, intereses de mantención de tales privilegios y de las estructuras que los hacen posibles. El socialismo lucha contra las condiciones que los generan y que perpetúan injusticias, ampliando los espacios e instituciones en que se expresan los intereses y aspiraciones alternativos, dentro del marco democrático.

3. El patrimonio doctrinario

El enriquecimiento del universo y la propuesta socialista desmiente toda visión de crisis o agotamiento que pueda haberse producido como producto de pérdida de validez de algún modelo ideológico o por el derrumbe de algún modelo histórico que se denominará socialista. El socialismo sigue siendo la propuesta más válida de superación de los problemas de la sociedad contemporánea y el horizonte de mayor esperanza no sólo para

quienes sufren alguna forma de dominación, sino para todos los que aspiran a formas de vida más humanas.

No habría sido posible tal enriquecimiento sin la incorporación en el patrimonio doctrinario del socialismo de todas las experiencias prácticas e intelectuales que apuntan al mejoramiento de las condiciones de vida de la gente y al progreso humano de las sociedades y sin la convergencia no dogmática de diversas vertientes de pensamiento.

Porque el socialismo es, junto a una experiencia de práctica política y acción colectiva, una tradición intelectual que reflexiona sobre ella y que busca identificar para cada sociedad cuales son las contradicciones más fundamentales y urgentes, las estrategias para su superación y los actores que pueden encarnarlas. En esta tradición ha ocupado un papel relevante la crítica a la lógica capitalista y a sus efectos sociales proveniente del marxismo, así como el horizonte de esperanzas que este abrió por vastos movimientos sociales y sociedades enteras. Los debates y reflexiones socialistas han ido elaborando una comprensión propia de las sociedades y del ser humano contemporáneo, que supera las incapacidades del marxismo para ello. El socialismo, como fuera señalado por todos los clásicos, es también heredero del liberalismo político. Asimismo, forma parte del patrimonio socialista el conjunto de valores y principios éticos de la tradición judeo-cristiana, en sus distintas vertientes, hoy reconocidos secularizadamente por toda la humanidad. También se nutre del aporte de otras concepciones humanistas y, libertarias, de los movimientos revolucionarios de este siglo, del racionalismo de base científica y de las ciencias sociales contemporáneas.

El patrimonio y la propuesta socialista no se identifican con ninguna de estas corrientes, pero reconocen el aporte de cada una y el espacio para todas ellas en la conformación de un movimiento plural. Este no se define por su verdad teórica, sino por principios éticos, por el aprendizaje de experiencias individuales y colectivas y por una propuesta histórica para cada momento. Ello teniendo como horizonte el hacer avanzar al conjunto de la sociedad en los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización de la gente.

II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

1. El núcleo histórico

Desde su nacimiento en el inicio de la revolución industrial, el socialismo identificó las contradicciones sociales con el desarrollo del capitalismo. De modo que su proyecto se definió como una eliminación y superación de la sociedad capitalista. La lucha entre capitalismo y socialismo, los avances y retrocesos de uno y otro, identifican la mayor parte de los dos últimos siglos, tanto en su expresión nacional, como continental y mundial.

El advenimiento simultáneo de un sistema económico con un nuevo modelo civilizatorio, permitieron definir al capitalismo durante largo tiempo como un tipo de sociedad en creciente expansión. El capitalismo fue visto como poseedor de un modelo cultural, social y político, y como un sistema económico en que se identificaban una particular forma productiva de base industrial, un modo de acumulación y distribución de riqueza y un modelo de desarrollo de las naciones. La esencia del capitalismo fue definida por las relaciones de explotación, determinadas a través de la propiedad privada de los medios de producción. De ellas se veía emanar todo el conjunto de relaciones sociales y las diversas esferas de la sociedad. La expansión capitalista a nivel mundial implicó el desarrollo de un sistema imperialista que reprodujo la situación de injusticia a escala planetaria y entre países.

El socialismo se postuló como respuesta global a este tipo de sociedad y civilización y como poseedor de un modelo alternativo en todos sus planos.

La teoría socialista planteaba que la eliminación de la explotación capitalista, basada en las relaciones de clases regidas por el mercado, el salario y la propiedad privada, debía llevar al término de todas las otras alienaciones, opresiones y dominaciones. Ello sólo sería posible a través de la organización de todos los sectores

explotados, los trabajadores. La acción de ellos se encaminaba a eliminar el aparato represivo de las clases que controlaban los medios de producción y a establecer la apropiación colectiva de éstos.

La revolución, como método político de toma del poder para desatar las fuerzas anticapitalistas y desarrollar el socialismo, fue directa consecuencia de este planteamiento y apareció identificada con el ideal socialista. Este fue también el modelo teórico e ideológico que estuvo en el origen de los denominados socialismos reales, los que más propiamente constituyen el modelo del comunismo soviético.

La expansión capitalista dio origen, al surgir un bloque de naciones que se definían como socialistas, a una división del mundo entre dos bloques. Esa última división caracterizó la situación mundial especialmente desde la segunda guerra mundial hasta finales de la década del ochenta. Ello amplió el sentido de las luchas socialistas abarcando la independencia y liberación nacionales.

Desde diversas vertientes teóricas, la principal de las cuales fue el marxismo y su análisis crítico de las contradicciones del capitalismo, el socialismo aparece como la única alternativa a los males del capitalismo, como un modelo de sociedad que lo supera. Ello fue reforzado con la esperanza abierta a la humanidad por el surgimiento y consolidación en el panorama mundial de este bloque de naciones identificadas con el comunismo internacional en cualquiera de sus variantes.

2. Un largo aprendizaje

Los movimientos socialistas han vivido un largo proceso de maduración. El ha sido producto de las transformaciones del sistema capitalista, de las experiencias revolucionarias en los países subdesarrollados, de las luchas entabladas en diversos contextos, de la evolución del pensamiento y la ciencia, y de la trayectoria de los modelos comunistas históricos.

El capitalismo no es un tipo global de sociedad ni siquiera un modelo económico único y completo en el que se identificarían en un solo sistema las formas de organización productiva, de acumulación y de desarrollo. El capitalismo es básicamente un modelo de acumulación regido por el principio del lucro y definido por una interrelación entre propiedad privada, mercado y régimen de salario que origina y reproduce una determinada división de clases en la sociedad. La economía capitalista puede coexistir con diversos tipos de sociedad. Pero también con diversos sistemas de producción, como lo han mostrado las transformaciones desde formas artesanales, el industrialismo taylorista hasta la robotización, pasando por múltiples variantes. Asimismo puede coexistir con diversos modelos de desarrollo, que implican formas diferentes de organización social, organización política y estatal, modelos culturales y tipos de inserción en la economía mundial. Así lo han mostrado las variadas experiencias de desarrollo y modernización desde los países de capitalismo clásico hasta los más tardíos o de los de nueva industrialización en las últimas décadas.

En la sociedad contemporánea, la economía capitalista se ha extendido universalmente, adaptado a las nuevas revoluciones científicas y tecnológicas, y creado un nuevo espacio mundial. En este fenómeno se basan los procesos de transnacionalización. Si bien se han dado modelos alternativos de acumulación exitosos en determinados momentos y contextos, no ha logrado aún establecerse en forma coherente, persistente y válida para todos los contextos, una alternativa viable al modelo de acumulación capitalista.

El capitalismo ha tenido éxito en consolidarse y expandirse como modo de acumulación. Incluso, ha logrado resolver, a costa de la desigualdad socio-económica a nivel mundial entre países ricos y pobres, ciertos problemas de desigualdad en algunos países desarrollados. Nada de ello invalida la crítica a sus fundamentos morales y, sobre todo, a los efectos de creciente desigualdad e injusticia social y destrucción de las relaciones humanas y del medio natural a nivel mundial y al interior de la gran mayoría de los países. Desde este punto de vista, no habrá solución a los problemas de la humanidad en el marco capitalista, aún cuando no se le haya aún opuesto otro sistema económico coherente y viable de reemplazo.

que el socialismo es heredero privilegió la dimensión instrumental y la relación cosificada entre los seres humanos y entre éstos y su medio natural. Parte de ello se expresó en la fe ingenua en la razón, el progreso ilimitado, la ciencia y la técnica.

No podemos dejar de asumir la herencia occidental de la razón, y los grandes avances de la ciencia y la tecnología. Sin el incremento de la racionalidad que proviene de esta vertiente en todos los niveles de la población, la sociedad sería destruida por las propias fuerzas que ella ha creado. Hay ámbitos de la vida social en que no puede prescindirse de relaciones objetivas.

Pero ello no basta. La humanidad ha sufrido guerras, pobreza y depredaciones. Las sociedades están atravesadas por formas inhumanas de convivencia. El futuro es vivido por las grandes mayorías con una gran incertidumbre. No puede ya entonces creerse en una visión evolutiva del avance irresistible del progreso, identificado éste con la sola dimensión instrumental o tecnocrática de la vida.

En un universo que, producto de la información y el conocimiento científico y tecnológico, la acumulación a través del mercado, el sistema homogeneizado y penetrante de las comunicaciones y transportes, pareciera ser cada vez más uno y uniforme, las diversas sociedades y colectivos buscan afirmar tradiciones, principios e identidades. Asimismo, establecer relaciones de apoyo y comprensión, afirmar a los individuos y a las categorías sociales, restablecer los lazos de hermandad entre ellos y con el medio natural. Todo ello en un marco diferente al mundo del cálculo, subordinando éste a valores de creciente humanización, y buscando transformar las relaciones instrumentales que tratan a los seres como objetos, en relaciones en las que todos asumen su condición de sujetos capaces de debatir y decidir sobre los fines de sus vidas y de la sociedad.

Esto es tan moderno como la razón y la ciencia, pero apunta al desarrollo de la expresividad, la creatividad, la comunicación entre sujetos. Esta dimensión, distinta y complementaria de la racionalidad científico-tecnológica, no niega el progreso, sino que intenta darle un sentido humano. Ella no es un lujo de países desarrollados o de sectores acomodados. Se encuentra en todos los sectores de la sociedad, y particularmente, en los que sufren más crudamente la deshumanización de las relaciones, como son los jóvenes, las mujeres y los sectores más postergados de la civilización.

El socialismo se ubica en pleno corazón de la modernidad, pero acepta que ella no es una sola, que tiene diversas vertientes y que no se identifica con determinados instrumentos como se plantea desde el neoliberalismo. La utopía socialista lleva a su máxima potencialidad las posibilidades tanto de la racionalidad científico-tecnológica como de la comunicación inter-subjetiva entre seres libres, conscientes y dueños de sí mismos.

3. Reafirmación de principios.

El socialismo asume que el factor decisivo para orientarnos en un mundo complejo está en los principios que sustentan y dan sentido a la vida. La concreción de estos principios y valores es una tarea permanente y no se deduce de una sociedad modelo o ideal.

Así, el socialismo reivindica las opciones y valores inherentes a los principios de libertad personal y de igualdad esencial entre los seres humanos. Esta última se complementa con el derecho a la identidad personal y colectiva y con las diversidades que enriquecen la experiencia individual y social y que no generan injusticias.

La coexistencia y la profundización de libertad e igualdad en la sociedad no son tareas fáciles de articular. Las luchas por una y otra reconocen muchas veces sujetos distintos. Sus mecanismos de realización se han diversificado, y se han hecho más autónomos el uno del otro, más técnicos y más complejos. La experiencia histórica ha mostrado como la obtención parcial de una ha implicado el sacrificio de la otra. El socialismo asume un compromiso con ambas, libertad e igualdad, y lo asume buscando la articulación y armonía de ellas en el conjunto de la sociedad.

El socialismo aspira a convertir la felicidad de hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, en su preocupación política permanente. Asume la felicidad como una tarea histórica y real, y no como una promesa de paraíso en la tierra. Su preocupación básica es por las condiciones materiales y sociales históricas que permiten a cada uno perseguir su felicidad y autorrealización personales. No tiene una propuesta del contenido de la felicidad individual, por cuanto ello es objeto de la libertad de cada cual.

Libertad, igualdad, felicidad o autorrealización exigen formas de interactuar y estilos de convivencia social. Por ello, el socialismo es una opción por los valores de la solidaridad y por los principios de autodeterminación personal y capacidad de afirmación y decisión de los diversos actores de la sociedad.

Esta solidaridad entre los seres humanos se hace extensiva no sólo a nivel de una colectividad, una nación y el planeta entero, sino también a las generaciones del futuro. Así, el socialismo asume la preservación del medio ambiente y del patrimonio cultural y material de la humanidad como un requisito necesario para el desarrollo de la condición humana.

4. Socialismo y Democracia

No hay un modelo ni un momento únicos en que se realicen los valores y principios que se han mencionado o en que se resuelvan todas las contradicciones que los niegan.

El socialismo afirma que su modelo de régimen político y de relación de la gente con el Estado, son la democracia como sistema de gobierno y la vigencia de los derechos humanos universales como definición de la ciudadanía.

La democracia se define como un sistema de gobierno caracterizado por la vigencia del principio de soberanía popular, los derechos humanos y las libertades públicas, elección de autoridades por sufragio universal y formas de representación plural, alternancia en el poder, gobierno de mayorías y respeto de minorías, participación de los ciudadanos en las decisiones políticas.

Ello significa que, si bien el contenido transformador del socialismo es revolucionario, la revolución como método político no es parte del ideario socialista, sino sólo un recurso que puede ser inevitable en determinados contextos, pero que no es deseable por sí mismo.

El socialismo busca realizar los valores, principios y mecanismos democráticos en todos los niveles de la convivencia social donde se toman decisiones colectivas. Para ello busca superar todos los privilegios y monopolios de poder que impiden la libre expresión y participación de la gente en su destino. Se extiende, así, el ideal democrático a la plena expansión del concepto de ciudadanía en las diversas esferas de la sociedad, incluida especialmente la del trabajo como parte fundamental de la realización humana, y a la plena vigencia, extensión y profundización de los derechos humanos.

En un régimen democrático, el Estado no puede concebirse sólo como un aparato de dominación, sino también como un elemento que ayuda a superarla, un agente indispensable de desarrollo, redistribución y corrección del mercado, y un interlocutor nacional en el proceso de transnacionalización. El socialismo no busca ni eliminar el Estado, como lo ha replanteado la doctrina neoliberal, ni la absorción de la sociedad por parte del él, como lo plantearon los modelos comunistas. El socialismo aspira a un nuevo tipo de Estado a través de la progresiva extinción de sus dimensiones de dominación. En este marco, busca la transformación del Estado. Ello en un doble sentido. Por un lado, se trata de hacerlo cada vez más reflejo de la voluntad general de la sociedad, eliminando progresivamente sus aspectos autoritarios y ajenos a la determinación de la soberanía popular, y fortaleciendo su carácter participativo. Por otro lado, se trata de modernizarlo y hacerlo eficiente, asegurando su autonomía respecto de los intereses privados y de los poderes fácticos nacionales o internacionales.

No existe democracia en el mundo contemporáneo ni es posible un control del Estado por parte de la

sociedad, si no hay un sistema de partidos políticos que asegure la expresión de las demandas y aspiraciones globales y la representación al nivel político de los actores y sujetos sociales. El socialismo se opone a toda visión de los partidos como vanguardias lúcidas o síntesis de la sociedad, dotados del poder monopólico de la representación y participación y de proyectos y verdades absolutos. Los partidos en un régimen democrático luchan y compiten por el poder político y, ya sea que gobiernen o sean oposición, representan, convocan, movilizan, conciertan y negocian, sin buscar la destrucción o eliminación del otro, sino la persuasión y convicción. El socialismo afirma la vigencia del principio de representación pluripartidaria y aspira a que éste exprese la diversidad de la sociedad y respete la autonomía de ella.

El proyecto socialista se define hoy entonces, por su doble radicalidad. La de las metas postuladas y la del método democrático en el cual enmarca aquellas profundizando y expandiendo éste.

5. Fortalecimiento de la sociedad civil

Ni la economía ni la política agotan la vida social. En ellas se da parte importante de las contradicciones, especialmente explotaciones y opresiones. Pero también en otras esferas de la sociedad como la cultura y los sistemas educacionales y de comunicación, las relaciones de género e intergeneracionales, la sociabilidad cotidiana, la sociedad civil en suma, se dan formas de opresión, alienación y exclusión y condiciones que impiden la plena realización individual y colectiva.

Contra estas condiciones, el socialismo no sólo opone su lucha y organización políticas, sino que desde la misma sociedad, identificado con los sectores que las sufren, plantea propuestas alternativas basadas en los principios que lo inspiran. El campo de acción del socialismo y los socialistas no es sólo el ámbito del Estado o del poder político, sino el conjunto de esferas de la sociedad donde están en juego los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización.

A un fortalecimiento de las funciones no coercitivas del Estado y del sistema de representación política, debe corresponder el reforzamiento también de la sociedad civil y de los actores sociales que en ella se mueven. Ello implica la generación de formas de convivencia diversificadas donde se respeten los principios de autodeterminación y sociabilidad y la creación de condiciones que aseguren que cada cual sea dueño de su vida y reconocido en su aporte a la vida colectiva. Asimismo, el acceso al poder de decisión en las organizaciones y comunidades de las que se forma parte, y el manejo de información, conocimiento y demás instrumentos que permitan superar la alienación cotidiana y masiva de las comunicaciones.

En síntesis, reconociendo la especificidad, autonomía y dinámicas propias de cada ámbito social, el socialismo busca la creciente socialización y democratización de la información y del conocimiento, del poder y de los instrumentos de toma de decisión, y la gestión democrática en el conjunto de esferas de la sociedad.

En la búsqueda de mejores condiciones de vida y organización social que hagan posible la superación progresiva de las contradicciones, el socialismo reconoce múltiples sujetos y actores que los encarnan y no se identifica con un portador particular, sea una clase o una organización política.

IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTÓRICO

1. El contexto mundial

El socialismo implica una metodología teórica y política que permita identificar cuáles son las contradicciones principales de la sociedad y ofrecer a ésta la propuesta más adecuada para superarlas, determinando las estrategias y los actores sociales y políticos con los cuales enfrentarlas.

El mundo de hoy es un espacio transnacionalizado e interdependiente con tendencias a crecientes desigualdades entre bloques de naciones y al interior de éstas, y a la marginalización y exclusión de vastas zonas y sectores sociales de los avances de la civilización.

En este espacio que tiende a ser único, no desaparecen las identidades, sino que ellas buscan perfilarse. Por un lado parecen hacerse irrelevantes los Estados nacionales por la internacionalización de la economía, de la política, de la cultura y las comunicaciones. Por otro, son los Estados nacionales, los que pueden crear condiciones de igualdad de oportunidades para los sectores marginados y pueden asumir la interlocución de las identidades frente a dicha transnacionalización.

El consenso mundial por la búsqueda de métodos pacíficos de resolución de conflictos se contradice con la enorme cantidad de recursos destinados al poder militar, el uso deliberado de éste en determinadas coyunturas y el sometimiento de las naciones más pobres al orden instaurado por las naciones más poderosas.

Una vertiginosa transformación científico-técnica tiende a uniformar las sociedades y a redefinir toda la actividad de ellas, dejando fuera la posibilidad de desarrollo a quien no la asuma. Pero, esta transformación no ha desplegado toda su potencialidad en la preservación del medio ambiente, en la eliminación de la pobreza y en la generación de condiciones que hagan al mundo más visible para todos.

La acumulación del conocimiento científico técnico ha pasado a ser una fuente de poder en lo económico y en lo político a través de formas tecnológicas y elitarias de dominación que contradicen el carácter democrático de la sociedad o tienden a hacerlo irrelevante.

La general aceptación de la democracia como forma de gobierno, se enfrenta a la amenaza que en muchas sociedades ella se convierta en sistema meramente formal por la presencia de poderes fácticos que hacen inefectiva la voluntad ciudadana.

Así, la extensión de los principios democráticos a la vigencia de los derechos humanos y a la autodeterminación de personas y pueblos, se enfrenta a la ausencia de paradigmas ciertos o indiscutibles de organización social, que aseguren la realización de principios cuyo valor es reconocido universalmente.

El desafío principal que enfrenta la humanidad es la superación de la contradicción entre las crecientes aspiraciones individuales y colectivas de los seres humanos por ser dueños de su destino y las grandes posibilidades que se han abierto para realizarlas, por un lado; y la desigual distribución de los recursos para ello debido a la apropiación por parte de sectores sociales o de naciones de las fuentes de poder, mecanismos e instrumentos que permiten a cada cual decidir sobre sí mismo, por otro lado.

Tales fuentes de poder son múltiples y diversificadas y no se reducen a la dimensión económica, sino que abarcan las esferas de la organización social, política y cultural. En todas ellas se producen apropiaciones monopólicas, sean de poder económico, político, militar, simbólico, de información, comunicación o de conocimiento. Ellas generan privilegios, desigualdades y exclusiones que se traducen en miseria oprobiosa o alienaciones masivas y destructivas, que se dan a nivel de las sociedades particulares y en la dimensión internacional.

El socialismo, como proyecto a escala mundial impulsado de diverso modo por fuerzas progresistas en las distintas sociedades, afirma en el mundo de hoy la posibilidad y el derecho de cada individuo, colectividad o nación de definir democráticamente su destino. Ello implica luchar por la socialización de los principios, mecanismos e instrumentos que en cada contexto hacen posible esa determinación y la expresión libre de la voluntad de todos. A escala global esto plantea una drástica revisión de las relaciones de poder y organización mundiales.

2. El desafío latinoamericano

América Latina enfrenta las décadas que vienen desde una encrucijada particular, donde se redefinen de modo específico pero diverso para cada país los temas indicados.

Pareciera haberse terminado el ciclo autoritarismo-democracia y haberse completado en muchos países las transiciones desde dictaduras a sistemas democráticos de gobierno. En otros se están produciendo importantes procesos de democratización política. La izquierda latinoamericana ha encauzado su acción crecientemente dentro del marco del sistema democrático y aparece como una de las fuerzas significativas de su consolidación y en muchas partes, como alternativa democrática de poder. Se trata de un largo proceso de aprendizaje, después de décadas de inestabilidad y dictaduras que dieron origen a formas de lucha extra institucionales.

Sin embargo, estas democracias no están aún consolidadas y continúan amenazadas o por la presencia de poderes de facto, regresiones autoritarias o re-emergencias de caudillismos populistas.

Por otro lado, en la llamada "década perdida" de los ochenta, las sociedades latinoamericanas han visto en su seno agrandarse la brecha entre ricos y pobres. Las crisis y ajustes conservadores por las que han pasado sus modelos de desarrollo se han pagado, en los diversos países, con el precio de la pobreza y exclusión de un tercio o la mitad de sus habitantes.

En el nuevo ordenamiento de la economía y la política mundiales, América Latina permanece aislada y fragmentada. Pese a algunos esfuerzos significativos, no ha definido aún una forma coherente de inserción propia en el mundo transnacionalizado ni un modelo de desarrollo que compatibilice crecimiento con integración y democratización sociales.

La coexistencia en nuestro continente de diversos tiempos y espacios civilizatorios, la dependencia clásica de nuestro modo de inserción en el mundo, el choque de viejas identidades y aspiraciones tradicionales con tendencias contemporáneas universales de comunicación, expresión y sociabilidad, todo ello ha consolidado fragmentaciones y reproducido dispersiones. América Latina se ha debilitado en su identidad propia, oscilando entre estilos elitistas y dependientes que reproducen la ideología neo-liberal, marginaciones masivas y cultura de masas norteamericanizada.

La modernidad latinoamericana y su aporte a la humanidad se definirá por la combinación original entre la racionalidad instrumental de tipo científico-técnico, la racionalidad expresiva y comunicativa y las tradiciones e identidades que han sido desarrolladas a lo largo de siglos por vastos grupos sociales, culturales, étnicos y regionales. La indisoluble combinación y potenciación de todos ellos en los diversos niveles y sectores de la sociedad definen la especificidad latinoamericana.

En síntesis, el proyecto socialista para América Latina implica para las próximas décadas tareas de enorme envergadura: Consolidación, extensión y profundización de la democracia política. Plena integración a la sociedad de los sectores excluidos o marginales como sujetos y actores de su propia historia. Formulación de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento y democratización social. Inserción en la economía internacional con un perfil autónomo a través de su integración interna. Definición de su propia modernidad e identidad cultural.

V. EL SOCIALISMO CHILENO: TRAYECTORIA Y PROYECTO

1. La trayectoria socialista

Desde su fundación en la década del treinta, identificado con los principios señalados, el socialismo chileno se definió como una fuerza política y social de carácter popular que buscaba la transformación profunda de

la sociedad chilena en el marco político democrático.

A lo largo de los años el socialismo chileno fue integrando diversos sectores sociales y elaborando una visión doctrinaria diversificada que no se identificaba con ningún dogmatismo. Su estrategia política subrayaba la unidad de las fuerzas de izquierda, la autonomía del movimiento popular, la solidaridad con las fuerzas progresistas del mundo y especialmente latinoamericanas y la independencia respecto del bloque comunista. En la tradición socialista chilena están la crítica y alternativa al capitalismo, y también la crítica libertaria a los denominados socialismos reales. Diversas formulaciones han dado cuenta de esta visión política en diferentes períodos, siendo quizás la más relevante la "Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista" de 1947.

En la década del sesenta, culminando largas y significativas luchas encaminadas a superar nuestra realidad de capitalismo dependiente y subdesarrollado en el marco democrático, el socialismo chileno se planteó como alternativa de poder político democrático. Ello se expresó en la Unidad Popular, que agrupaba a todas las fuerzas de izquierda, y en la conquista democrática de la Presidencia de la República con Salvador Allende. El sentido profundo de este proyecto puede resumirse en las palabras que pronunciara el Presidente Allende en su Primer Mensaje al Congreso Nacional: "El combate sostenido para abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales, es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando".

La Unidad Popular se vio enfrentada a una implacable oposición, algunos de cuyos sectores no excluyeron la violencia. En ese contexto, no logró plasmar la riqueza de su planteamiento en un proyecto viable, una estrategia coherente y una alianza social y política mayoritaria. No pudo así evitarse la polarización de la sociedad chilena ni neutralizarse al poder militar convocado por las fuerzas conservadoras.

El término de la experiencia de la Unidad Popular con el derrocamiento del Presidente Allende en Septiembre de 1973, dio origen a casi dos décadas de dictadura militar. Esta, junto con arrasar con las instituciones y movimientos democráticos a través de la represión y el control, inició una transformación profunda del país. Ella iba dirigida a reinsertarlo en la economía capitalista mundial según las políticas y recetas neo-liberales y a configurar una sociedad autoritaria en lo político, profundamente desigual, fragmentada y atomizada en lo social, y con los valores del neo-liberalismo en lo cultural.

Para el socialismo chileno el fracaso y derrota de la Unidad Popular y la implantación de la dictadura militar significaron muerte, exilio, cárcel y desaparición de miles de dirigentes y militantes, y la búsqueda de la reconstrucción partidaria en la clandestinidad. Un largo período de dispersión, fraccionamientos y divisiones, fue también acompañado en cada sector socialista de diversos procesos de reflexión crítica sobre la experiencia chilena y el socialismo mundial, de renovación ideológica y política y de luchas permanentes contra la dictadura. Todo ello permitió que fueran convergiendo los diversos sectores socialistas hacia su unidad política y orgánica, a lo que se agregaron diversos otros sectores de la izquierda chilena.

En este proceso, el socialismo fue madurando su estrategia para terminar con la dictadura en el enfrentamiento institucional de 1988 e iniciar la transición que recuperara la democracia en Chile. Ello lo ha hecho impulsando y formando parte de la más amplia y sólida alianza política y social de este siglo en nuestro país, la Concertación de Partidos por la Democracia, que en Marzo de 1990 llegó al gobierno inaugurando el nuevo régimen democrático.

Hoy el socialismo chileno se encuentra renovado y unido, habiendo integrado viejas y nuevas vertientes, constituido en la única fuerza política viable de izquierda, constituyendo uno de los dos ejes de la coalición política y social mayoritaria en Chile y formando parte del primer gobierno democrático después de diecisiete años de dictadura militar.

La propuesta socialista para Chile se basa en las reflexiones, valores y principios enumerados a lo largo de estas páginas y en la trayectoria y realidades actuales del socialismo que hemos esbozado.

2. Las grandes tareas socialistas

La propuesta socialista para Chile no es un proyecto cerrado y excluyente. Es un conjunto de tareas que se enmarcan dentro de los principios y contextos indicados en estas páginas y que busca sobre todo despertar la creatividad y participación de todos los sectores sociales. Estos que deberán plantear sus propios énfasis y orientaciones en el debate y realización de tales tareas.

En primer lugar, el socialismo chileno tiene como una de sus grandes tareas la **democracia política y la democratización social**.

La consolidación y profundización de la democracia política, implican terminar con los enclaves autoritarios heredados de la dictadura. Para ello es necesario eliminar o modificar instituciones constitucionales no democráticas. Reformular las relaciones cívico-militares, redimensionando la institución de defensa y subordinándola efectivamente al poder político. Transformar el poder judicial para hacerlo moderno, efectivo y responsable. Restituir las funciones del Congreso, para hacerlo un lugar principal del debate público y del ejercicio de la voluntad popular. Reformar el sistema electoral para hacerlo verdaderamente representativo e incluyente.

La consolidación de la democracia política implica también asegurar institucionalmente gobiernos de mayoría, lo que requiere enfrentar el cambio del sistema de gobierno hacia fórmulas (semi-presidenciales o semi-parlamentarias) que se aparten del presidencialismo excesivo.

Junto a ello, es necesaria la efectiva democratización del poder local, comunal y regional, para hacer de cada una de estas instancias no sólo un núcleo de desarrollo económico, sino también social, cultural y político.

Pero la tarea de construir y consolidar la democracia política no es una que se haga sólo desde el poder político a través de cambios institucionales. Su contraparte es la progresiva democratización de la sociedad. Ello exige una efectiva democratización de las organizaciones, la permanente construcción de movimientos sociales y el respeto a la autonomía de éstos. Asimismo, la creación de canales de participación en todos los campos en que se toman decisiones, y la incorporación de los trabajadores a la gestión de las empresas.

Todos estos procesos deben ser acompañados de la democratización de los partidos políticos y de la reformulación de las relaciones entre partidos y actores sociales, superando, la atomización, por un lado, y el partidismo y corporativismo estrechos, por el otro.

En segundo lugar, no hay real democratización de la sociedad sin la **eliminación de la pobreza y la exclusión y sin una reformulación del modelo de desarrollo y de su consecuente inserción en la economía mundial**.

La existencia de más de un tercio de pobres y de un altísimo porcentaje de sectores marginales y en extrema pobreza, transforma la superación de esta situación en un imperativo ético insoslayable. Sin duda que no hay solución sin un crecimiento económico sostenido, pero éste por sí solo no basta. Es indispensable buscar formas más justas de distribución de la riqueza. Junto a las políticas económicas de tipo asistencial, a las políticas educativas y de salud, es necesaria también una transformación productiva que apunte a los aspectos estructurales del problema, sin lo cual sólo habrá paliativos temporales. Asimismo, las masas marginales no son sólo objeto de políticas sociales, sino que deben ser consideradas como sujetos ya actores de su propio desarrollo. Una lucha contra la pobreza y la marginalidad tiene dimensiones de tipo asistencial, estructural, productiva, social, organizativa, político-participativa y cultural.

Objetivos del desarrollo son, sintéticamente, mejorar la calidad y elevar el nivel de vida de los chilenos. Establecer condiciones para un crecimiento económico sostenido constituye un requisito necesario para lograr estos objetivos. El crecimiento que se alcance debe caracterizarse por propender simultáneamente a promover una efectiva participación de todos los chilenos en los frutos del crecimiento y velar por la sustentabilidad medioambiental. Sólo así puede hablarse de un verdadero desarrollo.

El logro de todos estos objetivos de manera simultánea obliga a replantear los términos del actual modelo de desarrollo adoptado en el país. Esto porque, si bien en términos macroeconómicos se pueden exhibir indicadores favorables, no puede ocultarse ni el alto costo que han tenido que pagar en sus niveles y calidad de vida los sectores populares ni el deterioro creciente que han sufrido los recursos naturales del país.

La visión socialista del desarrollo se sustenta tanto en una propuesta de transformación estructural que le otorgue a los sectores populares participación efectiva en los frutos del crecimiento económico, como en una defensa irrestricta del patrimonio natural sobre el cual se asienta el crecimiento económico.

La transformación estructural propugnada se caracteriza por buscar una inserción orgánica de los trabajadores y pequeños productores en el crecimiento y por asignar un rol orientador, regulador y de fomento al Estado, en un contexto global cuyos rasgos predominantes son el desarrollo de las inversiones públicas y privadas y la existencia de mercados activos y competitivos.

La visión socialista en un Chile moderno, y en condiciones de enfrentar exitosamente el desafío de la ampliación del comercio internacional en un mundo cada día más interdependiente, se sustenta en promover una economía que ponga el acento en generar el máximo valor agregado, utilizando adecuada e intensamente los recursos nacionales. Ello le da al sistema educacional y al desarrollo científico-tecnológico una responsabilidad crucial.

Lo anterior obliga a superar los ideologismos que establecen concepciones que oponen al Estado con el mercado, o que afirman unilateralmente las bondades de la propiedad privada, sin atender a los requerimientos sociales y de sustentabilidad medioambiental.

El activo papel que debe tener al Estado como agente de desarrollo obliga a plantearse su reforma en el sentido de su modernización, democratización, agilización y capacidad de decisión y de interlocución con el sector privado. Pero esto no excluye el papel básico y la responsabilidad en el desarrollo que tienen empresarios y trabajadores, sectores ambos que deben potenciar al máximo sus capacidades y creatividad. Ello plantea el desafío de la modernización de ambos y de la redefinición de sus mutuas relaciones para hacerlas cada día más equitativas e integradas con el conjunto de la sociedad.

En tercer lugar, la democratización política y social, la eliminación de la pobreza y la reformulación del modelo de desarrollo, deben darse acompañadas de una **profunda modernización y reestructuración de las relaciones sociales y formas de convivencia**, en el sentido de asegurar igualdad y plenitud de oportunidades para la creatividad y expresividad de todos.

Hablamos aquí del doble sentido que le hemos dado a la modernidad, lo que nos aparta de modelos de modernización que estuvieron centrados en la pura dimensión racional-técnica. La modernidad se alcanza cuando todos los sujetos pueden hacer su propia historia. Crear esas oportunidades implica generación de formas de participación diferenciada en todos los niveles de la sociedad: el barrio, la comuna, la región, el lugar de trabajo y de estudio. También requiere de la capacidad de enfrentar las formas manipulativas y alienantes que adquieren el desarrollo de espacios urbanos y habitat crecientemente invivibles, la concentración y estandarización de las comunicaciones, la rigidez y la mediocridad de la oferta educacional, el burocratismo de los servicios sociales, el aburrimiento y carencia de sentido que lleva a estilos y conductas aberrantes y destructivas de la vida.

El socialismo plantea, entonces, el establecimiento de relaciones sociales y de formas de organización de la sociedad que hagan más digna la vida de todos. Es la misma sociedad la protagonista de esta tarea y en ella cabe un papel especialmente significativo a los jóvenes, las mujeres, los sectores marginales y los trabajadores de la cultura.

3. La construcción de mayorías sociales y políticas

Hay así una tarea social de construcción de organizaciones y democratización. Una tarea política de profundizar la democracia política y generar una sociedad participativa y representativa. Una tarea económica de reformular el modelo de desarrollo y eliminar la pobreza. Una tarea cultural de construcción de un sentido humano de la convivencia.

Las tareas enunciadas deben transformarse en medidas programáticas para las próximas décadas. Ellas apuntan a una sociedad políticamente democrática, moderna, participativa, crecientemente igualitaria y estimulante del desarrollo de sus hombres y mujeres y creativamente insertada con el resto de América Latina en la Comunidad Internacional.

Todo ello no puede ser enfrentado sólo desde el estado y por un solo grupo político. Se requiere para tales objetivos y tareas una gran mayoría social y cultural, que tenga también expresión política. El socialismo ha planteado que esta mayoría debe constituir un bloque democrático-transformador o bloque por los cambios. La expresión social de este bloque diversificado es el conjunto de sectores populares y capas medias y su expresión política es la alianza de largo plazo entre la izquierda y el centro, representados principalmente por el partido Socialista junto al PPD, y la Democracia Cristiana, además de otras fuerzas políticas convergentes. La Concertación de Partidos por la Democracia ha sido hasta ahora la mejor expresión de este bloque socio-político y cultural lo que exige su proyección en un horizonte estratégico.

En esta coalición los socialistas no buscan el hegemonismo pre-establecido, ni lo aceptan de parte de otros. Apreciando como riqueza la diversidad social, cultural y política de este bloque, los socialistas aportan en él la reflexión crítica sobre su experiencia y trayectoria, la expresión, movilización y creatividad de sectores claves de la población chilena, y el conjunto de principios y métodos aquí enunciados.

Los socialistas propugnan el fortalecimiento de la coalición y, al mismo tiempo, la existencia de mecanismos democráticos que regulen la competencia por el liderazgo de ella. En ese marco, aspiran legítimamente a su conducción.

Los socialistas ofrecen a la coalición y a todo el país un partido que aprende de su pasado, reconoce y critica los errores cometidos y asume la herencia positiva de su trayectoria. En el presente, los socialistas han buscado las fórmulas más adecuadas para unificarse, renovarse, descentralizarse y democratizarse. Por ello se ha establecido, entre otras medidas, sistemas de elección de sus dirigentes por votación de todos los militantes, cuotas de discriminación positiva en favor de las mujeres, métodos democráticos de formulación de su propuesta. Los socialistas asumen el compromiso de extender y profundizar la democracia interna, respondiendo al doble requerimiento de unidad y diversidad. Al mismo tiempo se busca la mayor modernización, eficiencia y capacidad técnica partidarias junto a la permanente vinculación con las inquietudes y aspiraciones de los diversos sectores y actores sociales. Afirmandose como la principal fuerza de la Izquierda chilena, el Partido Socialista plantea para hoy y el futuro no una ideología cerrada ni un proyecto excluyente, sino un conjunto de principios y propuestas abiertos al debate y a la acción de todos los chilenos y chilenas.

PAUTA DE OBSERVACIONES

- I. Observaciones generales al documento
- II. Observaciones a la Primera Parte: "El Socialismo: Un proceso permanente de transformación de la sociedad".
 - a) Observaciones generales
 - b) Sugerencias específicas
 - c) Fraseos alternativos
- III. Observaciones a la Segunda Parte: "Socialismo y capitalismo en la sociedad contemporánea"
 - a) Observaciones generales
 - b) Sugerencias específicas
 - c) Fraseos alternativos
- IV. Observaciones a la Tercera Parte: "La opción socialista al término de siglo"
 - a) Observaciones generales
 - b) Sugerencias específicas
 - c) Fraseos alternativos
- V. Observaciones a la Cuarta Parte: "El nuevo contexto histórico"
 - a) Observaciones generales
 - b) Sugerencias específicas
 - c) Fraseos alternativos
- VI. Observaciones a la Quinta Parte: "El Socialismo chileno, trayectoria y proyecto"
 - a) Observaciones generales
 - b) Sugerencias específicas
 - c) Fraseos alternativos

**APUNTES PARA TENERSE PRESENTE EN
LA ELABORACION DEL PROGRAMA
DEMOCRATICO AVANZADO
A LEVANTAR POR LOS SOCIALISTAS CHILENOS**

Clodomiro Almeyda Medina

Santiago, abril de 1992

1. Metodología
2. Los problemas globales de la Humanidad
3. Nuestro Chile y América Latina en el mundo de hoy
4. Vigencia y actualidad del socialismo
5. Los grandes valores del humanismo socialista
6. Los pre-requisitos del socialismo y el colapso de los llamados "socialismos reales"
7. Libertad y Justicia: mercado y plan
8. El Partido como fuerza social orientadora y movilizadora
9. Pluralismo, hegemonía y responsabilidad
10. Palabras finales.

1.- METODOLOGÍA

En mi entender, las ideas matrices inspiradoras de una fuerza política chilena, que en la actual circunstancia puedan servir de fundamento para levantar un proyecto democrático alternativo al neo-liberalismo, al populismo y al "izquierdismo" testimonial, deben comenzar por caracterizar la situación actual del mundo en su conjunto y su problemática esencial, más allá de las apariencias.

Y ello por una razón de fondo. El proceso de internacionalización de la sociedad humana, que ha corrido a parejas con el desarrollo del capitalismo y del industrialismo, ha experimentado una acelerada intensificación en los últimos decenios, originada por la llamada tercera revolución científico-técnica, de manera que la unidad e interdependencia de todas y cada una de las partes del mundo han alcanzado un nivel tal que están sobredeterminados por lo que acontece en el mundo como totalidad. En otras palabras, el sujeto de la historia es ahora la humanidad como conjunto, y la unidad de análisis básica para estudiar la sociedad contemporánea es esa misma sociedad, entendida como unidad global. Todo sin desmedro de la articulación dialéctica entre los escenarios particulares - ya sean locales, regionales, nacionales o continentales - y la sociedad global como conjunto o sistema. No desaparecen, sin embargo, las identidades particulares, sino sólo ellas se ligan de una nueva manera a la totalidad, a la que, en las actuales condiciones históricas, le está concedida la primacía, sobre lo particular.

Desde el momento en que la sociedad humana llega a constituir una sola unidad sistémica - para los efectos metodológicos -, el conocimiento de la misma y la consiguiente toma de posición frente a ella no puede comenzar ya con lo particular -que se torna abstracto-, sino con lo universal -que ha devenido en lo concreto-. Y ello porque en la concepción dialéctica del conocimiento -con la que comulgo-, éste no avanza de lo particular concreto a lo universal abstracto, como lo visualizan el positivismo y el ideologismo, sino es un proceso que se inicia desde lo particular - considerado como algo abstracto - y apunta hacia lo universal, que es concebido como lo concreto. La totalidad es más real que sus componentes.

Es curioso observar que aún parece ser un lugar común el constatar hoy día la unidad del mundo y la cada vez más intensa interdependencia de sus diferentes elementos, no se corresponde esta constatación con la naturaleza de la generalidad de los proyectos políticos en boga, que - salvo contadas y laudables excepciones - siempre se conciben partiendo de una consideración en lo particular, sin parar mientes en las características del conjunto. Ahora que el mundo es una totalidad sistémica, debería procederse precisamente a la inversa, definiendo primero el contexto del universo total, que es la realidad en su máxima expresión, para ir acercándose desde allí a lo particular, que está cada vez más sobredeterminado por el conjunto del que forma parte.

2. LOS PROBLEMAS GLOBALES DE LA HUMANIDAD

La creciente internacionalización de la vida social en el planeta está implicando cada vez más una mayor incidencia de los llamados problemas globales de la humanidad en todas y cada una de las regiones y países considerados separadamente.

Una sumaria mirada al conjunto de la sociedad contemporánea nos permite identificar al menos las siguientes cuestiones, cuyo desenlace en uno u otro sentido la comprometen globalmente.

2.1 El militarismo y el armamentismo, con sus perversas consecuencias, en cuanto comprometen el afianzamiento de la paz mundial, en cuanto despilfarran irracionalmente gigantescos recursos y en cuanto amenazan la estabilidad de los procesos políticos democráticos, constituyen un problema global de la humanidad, que corresponde por tanto abordar a nivel mundial, con un enfoque de conjunto y una acción concertada de las fuerzas interesadas en el avance y el progreso social.

2.2. El derroche incalculable de recursos que derivan del consumismo incontrolado y su supuesto, la

artificial creación de necesidades superfluas por la propaganda del modo de vida ínsito a la sociedad capitalista, constituye también una de las expresiones globales más elocuentes de la irracionalidad de ese tipo de sociedad y conspira decisivamente en contra de una aplicación razonable de los recursos disponibles en el mundo, para la satisfacción de las necesidades fundamentales del hombre.

2.3. El libre juego de las leyes del mercado conduce a un funcionamiento de la economía que no toma en cuenta la necesidad de proteger el entorno natural de la sociedad, de manera que la actividad económica en sus múltiples manifestaciones va deteriorando progresivamente el medio ambiente, llegando a cuestionar seriamente para el futuro la subsistencia de la especie humana, si no se cautela la conservación de los recursos naturales que la hacen posible.

2.4 La tendencia hacia la acumulación de la riqueza en los países capitalistas desarrollados y la radicación en las masas populares del llamado Tercer Mundo de las mayores carencias que afectan a la humanidad -el hambre, la ignorancia, la enfermedad, la desocupación-, sobre un telón de fondo de extrema pobreza, se presenta como otro de los problemas globales del mundo, que tiende a agravarse, sobre todo por la explosión demográfica en los países subdesarrollados. Esto no obstante el reciente repunte de la economía en algunos países del Sudeste asiático y América Latina, pero del que aprovechan principalmente sólo las minorías dominantes, y no está asentado sobre bases sólidas que lo protejan de los caprichos y vaivenes del mercado.

2.5 Una importante característica que acompaña al capitalismo desarrollado es la tendencia a la marginación de la sociedad, y a la exclusión del disfrute de sus beneficios, de aproximadamente un tercio de la población de los países donde prevalece ese capitalismo avanzado. La marginalización y la exclusión de la vida social de ese considerable segmento de la población ha pasado a ser condición para que los dos tercios restantes - incluyendo trabajadores y empresarios- puedan acceder a las gratificaciones que proporciona la avanzada civilización contemporánea. Todo ello constituye un problema que no sólo debilita y compromete a los cimientos de la parte más desarrollada del planeta, sino que por eso mismo proyecta sus perversas consecuencias al resto de la humanidad. Es el caso del aumento de la delincuencia, la drogadicción y de ciertas especies de terrorismo, que se propagan desde los países centrales hacia la periferia.

2.6 El desarrollo material de la sociedad capitalista - sobre la base de la tercera revolución científico-técnica- ha ido generando, por razones que no es del caso analizar aquí, un paralelo vacío espiritual en la sociedad, particularmente notorio en la juventud, que se refleja sobre todo en la pérdida de vigencia de los valores en que se sustentaban las comunidades humanas, sin que estos hayan sido sustituidos por otros. Se ha creado así un ambiente moral degradado que condiciona la aparición de toda suerte de patologías sociales, señales indicativas de un malestar general de la sociedad, privada de certezas y valores orientadores.

Frente a la sensación de pérdida de sentido de la existencia humana y el consiguiente agotarse en el presente y en la coyuntura -que a eso apunta el llamado post-modernismo-, se constata una peligrosa resurrección de fundamentalismos y sectarismos religiosos o de otra índole, todos tributarios de un primitivismo y de una potencial agresividad que se creían superados.

Las grandes cuestiones que afectan a la humanidad que se han mencionado demuestran que la actual sociedad, presuntamente satisfecha y vencedora, sin conflictos y sin historia, es sólo un mito y una gran mentira. El hombre, para subsistir en la tierra y vivir con dignidad, tiene todavía que resolver los problemas planteados por el desarrollo contradictorio del capitalismo, problemas que en su esencia derivan de los límites que impone la forma de vida condicionada por aquél al pleno despliegue de las virtualidades humanas.

Las contradicciones del mundo actual están estrechamente vinculadas entre sí y esta interdependencia plantea a la humanidad una tarea común, que si bien atañe principalmente a los conglomerados humanos que

más directamente sufren sus consecuencias, compromete sin embargo en su realización a todo el género humano, por cuanto es toda la sociedad la que se ve amenazada en su subsistencia y porvenir, por las carencias que hoy la afectan y que tienden a profundizarse.

Las reflexiones anteriores apuntan a que, en el mundo de hoy, más importante para la solución de cualquier problema puntual, es la respuesta que se dé a los problemas globales de la humanidad que el esfuerzo que se haga a nivel local por encontrar una salida al problema planteado.

Todo esto debiera conducir naturalmente a priorizar en cada país la búsqueda de soluciones a estos problemas globales, pues que aquéllas se encuentren depende de forma determinante que cada pueblo en particular alcance a realizar sus aspiraciones.

La característica más notable que ha asumido la evolución de tendencias las globales mencionadas este último tiempo es que el elemento confrontacional, que se hacía presente como forma dominante de superación de las contradicciones, ha ido cediendo el paso a variadas formas de cooperación social, como instrumento privilegiado para ir solucionando la problemática de la humanidad contemporánea.

Esto no quiere decir que hayan desaparecido los conflictos ni que éstos no han de resolverse todos consensual y armónicamente, si no sólo es agudos que los y graves antagonismos que siguen caracterizando la existencia humana tienden ahora a irse solucionando cada vez más por la vía de la negociación y de la búsqueda de acuerdos, sin que ello implique que hayan desaparecido focos conflictivos en los que todavía priman las formas primitivas para resolverlos.

Estos rasgos definitorios de los tiempos que vivimos han sido principalmente efecto de los adelantos científico-técnicos, que han acrecentado considerablemente la capacidad potencial del hombre para dignificar universalmente su existencia y de la creciente conciencia social de que principalmente mediante el diálogo, la discusión y la cooperación sociales es posible superar las cuestiones fundamentales que afectan a la humanidad, sin pagar elevados costos en vidas humanas, sufrimientos y daños materiales, que a estas alturas del desarrollo humano sólo se explican como resabios de las irracionalidades del pasado.

El carácter determinante que adquiere la solución de los problemas globales, sobre aquellos que se suscitan en escenarios nacionales y regionales, se demuestra, por ejemplo, en los efectos de la irrupción en la arena internacional de la llamada "nueva mentalidad", promovida por la diligencia soviética gorbachoviana en el pasado decenio. En efecto, ese nuevo enfoque de la realidad internacional ha producido una serie hasta ahora ininterrumpida de reacciones en cadenas que han determinado el cese de la "guerra fría", una tendencia cada vez más acelerada al desarme mundial y una consideración cada vez más inclusiva de los problemas humanos. Este nuevo clima distensivo ha sido decisivo para la solución de varios conflictos, o avances para resolverlos, tanto en América Latina, como en África y en Asia.

Es previsible que todo esto redunde a mediano plazo en un replanteo en las relaciones Norte - sur, poniéndose el acento en la lucha común contra el subdesarrollo, con una nueva manera más globalizante de enfocar el esfuerzo por defender el entorno natural del hombre, etc. Todo este proceso de configuración de un nuevo marco objetivo para la existencia humana ha de producir cambios de la conciencia social, que se reflejarán luego en transformaciones en las estructuras de la convivencia humana, acordes con el alto nivel de las potencialidades materiales del hombre y con esas nuevas y superiores formas de conciencia.

Esta visión, si se quiere optimista del porvenir, no supone que los avances logrados y los que se alcancen mañana, en esta marcha hacia un mundo de paz y no confrontacional, han sido y serán producidos sin el concurso de la voluntad humana. Por el contrario, ellos han sido y serán el fruto del perseverante trabajo concertado de las fuerzas más conscientes y lúcidas de la humanidad para vencer a las inercias del pasado y a los intereses vinculados con ese pasado, que continuarán por mucho tiempo gravitando en la sociedad. Esa resistencia conservadora

hará más lento el avance hacia más elevadas formas de convivencia colectiva e intentará incluso hacer retrotraer la historia, promoviendo variados tipos de tentativas contrarrevolucionarias.

Pero lo que debe quedarnos claro es que, pese a esas dificultades, han emergido en el mundo condiciones más favorables para la paz y la cooperación internacionales.

El que esas posibilidades se aprovechen depende de manera decisiva del papel que sean capaces de jugar las fuerzas democráticas y progresistas del planeta, evitando desde luego las inevitables tendencias a reproducir en otro nivel las condiciones de explotación y dependencia del pasado, ahora asumiendo nuevas modalidades, derivadas de la concentración de poder sin contrapeso de los Estados Unidos.

Esta concentración del poder alrededor de los Estados Unidos - una vez desintegrada la Unión Soviética - ha configurado un mundo unipolar, en el que el contrapeso que pueden ejercer Europa Occidental, Japón o China o el llamado Tercer Mundo a la hegemonía norteamericana es de alcance muy limitado. La gravitación de la potencia del Norte se cierne así peligrosamente hacia sus más cercanos vecinos, los latinoamericanos. Basta sólo recordar los acontecimientos en Panamá en 1990 para percatarse de la peligrosidad de esta forma de neo-imperialismo que se insinúa en este mundo unipolar. Y también del riesgo que esa unipolaridad pueda desnaturalizar el rol privilegiado de las Naciones Unidas, como expresión autónoma de la comunidad internacional. Su conducta en los casos de la Guerra del Golfo, del reciente intento de doblegar la voluntad de Libia y la intervención para someter a Serbia a sus propósitos - todo en el marco del flamante ahora llamado "derecho a la ingerencia" - muestra la cara riesgosa de este "nuevo orden mundial", que se preanuncia con tan equívocas señales.

Sólo la adecuada resistencia activa de las fuerzas democráticas antimperialistas puede evitar que se desvanezcan las grandes posibilidades que se han abierto para el inicio de una nueva etapa en la cooperación internacional con el término de la guerra fría, el comienzo de una nueva era de distensión y los avances en el proceso de desarme en sus múltiples aspectos.

La reciente sentencia de la Corte Suprema de Estados Unidos legitimando el secuestro en el extranjero de personas que ese país reclame, atropellando la soberanía de terceros Estados, habla por sí sola de la peligrosidad del renacimiento neoimperialista de los Estados Unidos.

3. NUESTRO CHILE Y AMÉRICA LATINA EN EL MUNDO DE HOY

En el caso de Chile, en su dimensión latinoamericana, la creciente globalización e interdependencia de las sociedades contemporáneas, se traduce en el plano económico "hacia adentro", el que mostró su fecundidad cuando fue utilizado para enfrentar la gran crisis de los años 30, y luego para sentar las bases de la industrialización y del progreso social en la mayor parte de América Latina. Pero este modelo no se aviene ya con la actual realidad económica mundial, en la que el desarrollo ha de dirigirse hacia una inserción selectiva y profunda en la nueva división del trabajo internacional, a través de la expansión de las exportaciones, la protección discriminada del mercado interno y un programa selectivo de sustitución de importaciones.

A la caducidad del modelo de desarrollo "hacia adentro" se corresponde la obsolescencia de la división de nuestro continente en Estados Nacionales de tipo decimonómico, que -al absolutizar el principio de la soberanía nacional- dificultan los procesos integracionistas, legitiman la mantención de costosos establecimientos militares y disminuyen la gravitación de todos y cada uno de nuestros países latinoamericanos en la comunidad internacional.

Paralelamente a las manifestaciones de obsolescencia del modelo de Estado Nacional decimonómico en nuestro subcontinente, se van configurando nuevas realidades económicas, políticas y culturales de carácter integracionista, que en los últimos años parecen felizmente trascender el mero verbalismo bolivariano, para aterrizar

en proyectos e iniciativas concretas. Estas abarcan desde los acuerdos integrativos regionales o bilaterales en lo económico, hasta la constitución germinal de una expresión política latinoamericana en la comunidad internacional, como lo es el llamado Grupo de Río -o lo que puede llegar a ser el Parlamento Latinoamericano, u otras instituciones de alcance Subcontinental-. Las iniciativas mencionadas se corresponden con los esfuerzos por alcanzar consensos entre las fuerzas políticas afines, destinados a conformar un nuevo e integrado actor subcontinental latinoamericano, para los primeros años de la próxima centuria.

La nueva inserción de las economías latinoamericanas en la comunidad internacional -que ya nuestro país ha emprendido con éxito, pero que es necesario afinar y compatibilizar con las exigencias del proceso integracionista latinoamericano y con las perspectivas futuras-, y el replanteo de la todavía prevaeciente concepción teórica de la soberanía nacional absoluta en el ámbito latinoamericano son dos complementarios desafíos que Chile y América Latina deben enfrentar lúcidamente para entrar con paso firme en el siglo XXI

Un aspecto particularmente importante de una aproximación latinoamericanista hacia nuestra política exterior es su incidencia en el necesario desmontaje de los costosos, abultados e inútiles establecimientos militares en nuestros países.

En América del Sur, tanto Brasil como el Perú y la Argentina han tomado la delantera en el proceso de redefinición del rol y la naturaleza de las Fuerzas Armadas en las nuevas condiciones históricas que comienzan a prevalecer en el subcontinente. Desgraciadamente, aquí en Chile, seguimos sosteniendo unas Fuerzas Armadas desproporcionadas para el país e inmunes a toda renovación de fondo de su cultura Política - militar, la que continúa estando inspirada por valores e ideas no sólo obsoletas, sino que a veces lindan en lo ridículo y lo grotesco, verdaderos resabios de un mundo que ya definitivamente se fue.

Los países de nuestra América, cada uno a su manera, experimentan la gravitación de los nuevos rasgos que van caracterizando la realidad contemporánea. Incluso, por cierto, aquel que apunta a procurar, por la vía democrática y por la búsqueda de acuerdos, la solución a los, más apremiantes dolencias que afligen a nuestros países, descartando el desate de la violencia nuda como medio idóneo del quehacer político. Salvo los casos en que el derecho a la resistencia a la opresión y a la legítima defensa la hagan justificable.

Pero esta constatación no puede llegar hasta hacer ocultar la realidad conflictiva que subyace en el trasfondo de las sociedades latinoamericanas, y en consecuencia, los antagonismos sociales existentes en ellas, los que no pueden disimularse con el uso y abuso de términos como "reconciliación social", "solidaridad nacional", "pragmatismo desideologizado", u otras semejantes que amenazan convertirse en recursos ideológicos para defender el status-quo social y sus irrationalidades e injusticias, si no van unidos a la denuncia de la real situación de nuestros pueblos - por ejemplo, en Chile, la existencia de cinco millones de compatriotas que viven en extrema miseria- y a la lucha social para transformar de raíz esa inhumana realidad. Y para que esa lucha sea exitosa deben enfatizarse ahora la viabilidad y la eficacia de las demagogías y el ilusionismo ideologizante, que si bien se explican como rasgos naturales en pasadas etapas de la historia de los movimientos sociales, no es justificable que ahora persistan, ocasionando con ello, por su ineffectividad un daño difícil de superar en la trayectoria de las luchas populares, del que aprovechan inteligentemente nuestros adversarios.

4. VIGENCIA Y ACTUALIDAD DEL SOCIALISMO

Del análisis de la realidad contemporánea se puede desprender que en el mundo actual -como totalidad- se dan dos conjuntos de tendencias complementarias y contradictorias:

- 1) Tendencias que emergen de la esencia de la sociedad capitalista y que hacen avanzar a la sociedad desde el punto de vista técnico y productivo.
- 2) Tendencias que encuentran su raíz también en esa esencia y que conducen, por una parte, a despilfarrar

y mal utilizar el fruto de esos avances y, por otra, a empobrecer, deformar y alienar la existencia y la conciencia humana.

El desarrollo de las virtualidades creativas de la sociedad capitalista no ha logrado, pues, espontáneamente superar sus limitaciones y carencias. Se genera, entonces, en quienes experimentan y viven esas limitaciones y carencias, la necesidad objetiva de luchar por resolver esos problemas que hoy alcanzan dimensiones universales y comprometen el destino de la humanidad.

El socialismo es el esfuerzo, la tarea y el objetivo del movimiento social que se ha venido desarrollando desde mediados del siglo pasado hasta el presente, por superar las contradicciones de la sociedad capitalista, eliminando sus irrationalidades y sus injusticias.

Su vigencia está determinada por la subsistencia y desenvolvimiento dentro de la sociedad capitalista de las ya mencionadas tendencias, que empobrecen, deforman y limitan la existencia humana y por la incapacidad del sistema de autoenmendarse dentro de sus propios parámetros.

Esto último significa que sólo la acción consciente del hombre, cristalizada en conductas, instituciones e idearios, puede generar mayor racionalidad y justicia en la sociedad. Y esa acción consiente, cristalizada en conductas, instituciones e idearios, es, en último término, el socialismo.

La lucha por el socialismo se realiza mediante un progresivo y permanente esfuerzo por dignificar al hombre, mejorando sus condiciones de vida, protegiendo, sustentado y profundizando sus derechos y libertades.

Este contenido humanista y libertario de la lucha por el socialismo le confiere a ésta su carácter esencialmente democrático en un triple sentido: por su finalidad centrada en el despliegue de las potencialidades de la existencia humana; por su empeño en lograr cada vez mayor participación de los hombres-ciudadanos en la determinación de su propio destino y el de la sociedad de la que forman parte, y por su esfuerzo por crear condiciones que garanticen a todo hombre el respeto a la dignidad, la igualdad de oportunidades y el ejercicio de sus libertades fundamentales, incluidos sus derechos políticos mediante el establecimiento de un Estado de Derecho.

Esta interrelación entre socialismo y democracia se refleja en que el socialismo sólo puede realizarse a cabalidad cuando los derechos y libertades humanas estén plenamente garantizados. Y se traduce también en que el gobierno "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", que define a la democracia, sólo puede llevarse a cabo cuando la riqueza y el poder estén equitativa y racionalmente repartidos. Ello sin perjuicio de sus requisitos de orden cultural, porque -como ha expresado no hace mucho tiempo Francois Mitterrand- "para que la democracia tenga éxito, se deben reunir muchas condiciones en los dominios de la educación, del saber, de las instituciones. Deben también existir tradiciones y hábitos pertinentes. Y todo ello es muy difícil hallar en países que han vivido historias muy distintas" a aquéllas donde ha florecido la democracia occidental.

5. LOS GRANDES VALORES DEL HUMANISMO SOCIALISTA

En el desarrollo de este cuerpo de ideas se han usado reiteradamente los conceptos de Justicia y Libertad, como valores humanos fundamentales inspiradores del accionar socialista.

Algunas palabras sobre ellos. Ya los romanos definieron la Justicia como la virtud que consiste en dar a cada uno lo que es suyo. La cuestión radica en determinar qué quiere decir "lo que es suyo", lo que pertenece al hombre o a la condición humana. Y eso se entiende de manera distinta en los diversos tipos de sociedades. En las sociedades de castas o de clases, lo que corresponde a cada hombre depende, no de lo que el quiera, merece o necesite, sino de su ubicación en el sistema de estratificación social. En consecuencia, En ese tipo

de sociedades, justo es lo que corresponde a cada hombre según el puesto que ocupa en la estructura socioeconómica, independientemente de sus aspiraciones y necesidades.

Para los que se colocan en la perspectiva de quienes se encuentran mal ubicados en la estructura social, y cuyas necesidades y aspiraciones se desconocen, ese tipo de sociedades de castas o de clasistas es profundamente injusto. Es así como la esclavitud, la herencia, la discriminación racial, la propiedad, el asalariado, son todas instituciones que encierran mayores o menores elementos de injusticia.

Para la tradición clásica del socialismo, el lograr que en la sociedad todo hombre -sobre la base de un mínimo asegurado de dignidad- pueda recibir de la sociedad lo que se equivalga a su aporte en cantidad y calidad de su trabajo, es la máxima justicia a la que ahora podemos aspirar.

Pero esa pauta distributiva contiene todavía, para los clásicos, un elemento de injusticia, porque -según ella- la sociedad no devuelve al hombre por su trabajo lo que este hombre necesita, sino lo que le corresponde según la evaluación social de la cantidad y calidad de su trabajo.

De ahí por qué los clásicos del socialismo concibieron como suprema y última aspiración humana -realización plena del ideal de la Justicia- el que cada hombre pueda recibir de la sociedad lo suficiente para satisfacer sus necesidades. Ideal ése al que denominaron comunismo y que aspira a entregar a cada hombre -sin mediaciones de ninguna especie- lo que es auténticamente suyo, vale decir, lo que necesita según su naturaleza individual, y que expresa, por tanto, lo que ese hombre es. Hacia ese ideal nos dirigimos, sin que en el lenguaje del tiempo podamos llegar nunca a alcanzar integralmente esa meta.

Esta disquisición sobre la justicia nos lleva necesariamente a tener que referirnos, aunque sea sumariamente, a la idea de igualdad. Generalmente se cree que el socialismo es sinónimo de igualitarismo. Lo es sólo en la medida en que en la sociedad contemporánea el socialismo brega porque a todo hombre se le retribuya según el trabajo que realice y se le garantice un mínimo e igual nivel de vida compatible con su condición humana, a la vez que se le ofrezcan iguales oportunidades para poder educarse y poder enfrentar con un mínimo de seguridad las contingencias de la vida.

Pero no lo es, en la medida que el socialismo reconoce la variedad y, en consecuencia, la desigualdad natural entre los hombres. Por lo tanto, la pauta distributiva a la que en definitiva aspira el socialismo es aquella en la que se va tomando cada vez más en cuenta esa variedad de la condición humana, de sus necesidades y aspiraciones, para adecuar a esas diferencias individuales la naturaleza y formas con que la sociedad ha de ir devolviendo el aporte también individual y específico que cada hombre le ha prestado.

La libertad -como la justicia y la igualdad- no es un don de la naturaleza, ni por tanto un atributo de la condición humana. Es un producto histórico resultante del paulatino conocimiento y dominio por el hombre de las leyes que rigen al mundo y a la sociedad en que vive. Dominio del hombre sobre sí mismo que supone su capacidad para dominar su entorno y abrir, en consecuencia, posibilidades para actuar según lo quiera. De ahí que la libertad, para quien nada sabe y nada tiene, es sólo una palabra. Y su conocimiento formal, una mera aspiración. Sólo se es libre cuando uno conoce la necesidad que lo limita, y sobre la base de ese reconocimiento, aprovecha las posibilidades que ella le abre para que se pueda colocar al servicio del hombre la legalidad objetiva de la naturaleza y de la sociedad.

Francois Mitterrand, al intervenir en un reciente foro internacional, y en relación de las actuales experiencias que está viviendo el mundo, sintetizó en pocas palabras lo que se ha querido decir en las disquisiciones precedentes: "La libertad no es natural, es una construcción del ser humano. Si se deja actuar a la naturaleza, la libertad desaparece en beneficio de la ley del más fuerte."

¡Que profunda verdad habría que repetir y reiterar para develar la gran impostura que se esconde detrás del mito de la libertad, como valor absoluto e incondicionado, ya que si ella no reposa en la soberanía sobre

la naturaleza y la sociedad y no se sujeta al valor supremo de la dignidad humana, sólo va a servir de pantalla para encubrir la explotación, la irracionalidad y la injusticia!

6 LOS PRE-REQUISITOS DEL SOCIALISMO Y EL COLAPSO DE LOS "SOCIALISMOS REALES"

Las experiencias de más de siglo y medio de lucha por el socialismo en sus más variadas formas y, sobre todo, las que derivan del fracaso del colosal ensayo -iniciando en Octubre de 1917 en Rusia- de edificar en una sexta parte del mundo, voluntariamente, una sociedad socialista, exigen de los socialistas, en todas partes, un serio esfuerzo por extraer de esas experiencias las valiosísimas lecciones que ellas arrojan. Lecciones que son válidas en buena medida para todo el movimiento socialista a escala internacional y, por tanto, también para los socialistas chilenos.

Desde luego, y como telón de fondo para analizar esas experiencias, hay que tener presente que para que el socialismo pueda superar las contradicciones de la sociedad capitalista es menester que en el seno de éste hayan madurado las condiciones para ello.

La principal y esencial de esas condiciones es el alto nivel de desarrollo de la economía a escala mundial, traducido en un grado avanzado de desenvolvimiento de las fuerzas productivas y, por ende, de la productividad del trabajo.

Paralelamente, se requiere de un mínimo de desarrollo cultural generalizado de la población, que permita la germinación de los ingredientes ideológico-políticos y éticos constituyentes de un superior estadio de conciencia social.

En tercer lugar, el socialismo supone, para que puedan manifestarse a cabalidad sus virtualidades, el que éstas se desplieguen internacionalmente hasta abarcar progresivamente a todo el planeta, a tono con el proceso de desarrollo transnacional de las fuerzas productivas, que es su precondition fundamental.

En cuarto lugar, aún supuesta la existencia de las condiciones precedente, la inercia de las actividades representativas de las condiciones sociales preexistentes antes de las formas de conciencia social que se le corresponden, supone una larga y detallada lucha por sustituir los valores imperantes en las conciencias de las gentes y transformar las instituciones sociales en que aquellos cristalizan. Las transformaciones en la estructura económico-social no pueden adelantarse nunca a los avances logrados aun los ámbitos cultural, ideológico e institucional. Si no se respeta esa secuencia, las nuevas formas de convivencia social no podrán contar con el respaldo de las grandes mayorías y necesitarán de la coacción represiva para imponerse y subsistir, con todas las perversas consecuencias que ello conlleva.

El proceso de transformación social que supone la reconstrucción de la sociedad con las características señaladas, no es tarea por tanto, de una, sino de varias generaciones y, en el caso del socialismo, debe visualizarse como una empresa secular, que abarca todo un periodo histórico hasta alcanzar su culminación.

El intento de construir una sociedad socialista a marchas forzadas, en una parte del mundo, con un insuficiente desarrollo económico y cultural, aisladamente, y en condiciones de un abierto antagonismo con los Estados más avanzados del planeta, y sin que tampoco los valores socialistas hayan impregnado mayoritariamente a la conciencia social, todo este complejo de circunstancias tenía que conducir necesariamente, a esas experiencias socialistas, a su deformación primero y a su colapso después, a través de un proceso difícilmente reversible.

Ante la magnitud de las dificultades que se interponían en la faena política emprendida y que brotaban de la insuficiencia de las condiciones para la emergencia y viabilidad de un socialismo maduro, se intentó

suplir esas carencias a través de una hipertrofia del aparato del Estado, al que se le asignó la misión imposible de llevar a cabo simultáneamente las tareas incumplidas por el capitalismo y, al mismo tiempo, la implantación de relaciones socialistas de producción y de propiedad. Para lograr tan ambiciosos objetivos, junto con generarse un Estado absorbente, centralizado y monopolístico, hubo primero que limitarse y, luego después, suprimirse los rasgos democráticos en el movimiento social y en el campo político, terminando finalmente por instalarse y consolidarse un cerrado e impermeable autoritarismo represivo, vuelto de espaldas al resto del mundo y encerrado sobre sí mismo.

A la luz de las enseñanzas que entrega la reflexión sobre las experiencias frustradas de los socialismos "reales", se puede aseverar que una empresa como la que acometieron los revolucionarios rusos en Octubre de 1917 sólo pudo desarrollarse exitosamente en la dirección de la democracia y el socialismo, si desde un punto de vista político hubiera sido posible conquistar la hegemonía ideológica en las conciencias y, por tanto, un amplio apoyo y respaldo popular para el nuevo régimen, a la vez que se hubiera permitido el libre juego de las fuerzas democráticas en la sociedad.

Igualmente desde el punto de vista internacional, ese desarrollo exitoso de la experiencia bolchevique dependía del triunfo de las fuerzas democráticas y socialistas en los países capitalistas avanzados, especialmente en Europa y/o de la disposición de éstos para cooperar con la Revolución Rusa en el campo del comercio, del crédito y de las inversiones, cosa que desde luego era casi imposible que ocurriera.

Y, desde el punto de vista económico, el éxito de la tarea acometida por los revolucionarios rusos en las condiciones desmedradas en que se encontraba su economía, sólo podía alcanzarse si se hubiera atribuido a la propiedad y a la empresa privadas un rol mucho más significativo en el desarrollo de la producción. Como se lo hizo, en parte, por corto tiempo y muy exitosamente, en el periodo de la nueva Política Económica (1921 - 1924) en la Unión Soviética, en el marco de una planificación macroeconómica flexible de la economía del país.

En resumen, las dificultades e imposibilidades objetivas y los errores subjetivos de conducción -derivados de un inmaduro voluntarismo-, desviaron al proceso revolucionario de su curso democrático hacia el socialismo y lo precipitaron por el camino de su deformación autoritaria y represiva, en lo político, y de un ineficiente estatismo burocrático, en lo económico.

No es de extrañar, entonces que este modelo de socialismo, deformado y autoritario, se demostrara incapaz de competir con el capitalismo occidental en términos de eficiencia técnico-económica y de productividad del trabajo y se mostrara inhábil, a la vez, para permitir en su seno un progresivo despliegue de las libertades, de la creatividad y de la apertura hacia lo nuevo, haciendo compatible el juego democrático con la estabilidad y consolidación en lo político y económico de la nueva sociedad que se edificaba.

Pero en la vida las cosas no se dan sólo en blanco y negro. No obstante las consideraciones anteriores, el fracaso del referido modelo de socialismo autoritario no invalida el reconocimiento que corresponde hacer de que en significativas áreas de la vida social se hayan alcanzado, en las sociedades en que se implementó ese modelo, notables logros que avalan la viabilidad y progresividad del socialismo. Basta mencionar los impresionantes éxitos conseguidos en la lucha por eliminar la extrema pobreza, democratizar la convivencia social y elevar significativamente el nivel cultural de la inmensa mayoría de la gente. Esto junto a los avances en determinadas áreas de la ciencia y de la técnica y en algunas ramas de la economía. La progresiva estagnación del proceso de desarrollo económico y del progreso social y su costo político, que fue dejado cada vez más atrás a los países del socialismo "real" en comparación con el capitalista occidental, no deben impedir reconocer los aspectos positivos que se pueden desprender de ciertas etapas y modalidades de dichas experiencias socialistas.

Como tampoco ello debe impedir valorar en toda su importancia la forma como el socialismo chino está logrando, mediante su política de "reforma y apertura", evitar que se repitan en su economía los fenómenos negativos que condujeron al colapso de otros ensayos socialistas.

Las consideraciones precedentes acerca de lo variopinto de los ensayos socialistas son especialmente oportunas, en una coyuntura en la que los países donde prevaleció el llamado socialismo "real", como reacción a sus deformaciones y carencias, tienden a imponerse las fuerzas conservadoras. Estas fuerzas, sin parar mientes a los aspectos positivos de las experiencias socialistas vividas allí e influidas por una indiscriminada idealización de las virtudes de la economía del mercado, y a sus supuestos ideológicos e institucionales, se han aventurado en riesgosos ensayos neoliberales de discutibles resultados.

Lejos de seguir en la línea con que fue planteada inicialmente la llamada "perestroika", como esfuerzo por rectificar y reestructurar el socialismo, pretendiendo llenar sus déficits y corregir sus desviaciones, se aspira en dichos países ahora a reproducir sin más el modelo occidental de sociedad, particularmente el norteamericano. Si se persiste en marchar en esa dirección, siguiendo sin reservas las recetas del ultraliberalismo, lo más probable es que ello no conduzca a la finalidad querida -una floreciente economía capitalista desarrollada-, sino a generar una economía dependiente y deformada, en la que la iniquidad y el consumismo van a ser sus rasgos más notorios. Semejante estación terminal resultará mucho más parecida a ciertas sociedades latinoamericanas o del tercer Mundo que a las del capitalismo avanzado.

El que hayan terminado por predominar en el postcomunismo en Europa Oriental los proyectos neoliberales, al menos temporalmente, por sobre las alternativas rectificadoras de orientación socialista, se explica en buena parte por la falta de dirigentes, que hizo prevalecer respuestas reactivas y simplistas, en las que el revanchismo y el espejismo de las bonanzas de un Occidente idealizado pesaron más que las razones en favor de salidas más equilibradas y ponderadas, pero que suponían un clima político maduro, producto de una práctica política que allí nunca existió.

Procede mencionar en relación al tema que estamos abordando, como colofón final, los conceptos recientemente vertidos por el principal artífice del proyecto de renovación socialista en lo que fue la Urss, Mijail Gorbachov.

Dice Gorbachov, frente a la pregunta que se formula insistentemente sobre si el comunismo ha muerto, o aún sobrevive o puede aún renacer: "Lo que ha muerto para siempre es el modelo creado por Stalin, que desde el primer momento fue un régimen que ignoraba por completo la democracia, las exigencias de la gente; un sistema que violentaba la sociedad y traicionaba los ideales socialistas. Pero con la misma convicción tengo que subrayar que dicha muerte no atañe al socialismo. La idea del socialismo sigue viva y noto un esfuerzo de búsqueda, un ansia de experimentar, de encontrar una fórmula de vida nueva para el ideal socialista. Y, en este nuevo ámbito, los principios de la democracia deberán ocupar el primer puesto, junto con los principios humanistas. Lo que hoy me impresiona más es que esta tentativa de búsqueda no atañe solamente a nuestro país, sino al mundo entero. Y, aún más, afirmaré que atañe a partidos y movimientos muy diferentes entre sí en ocasiones distantes en sus planteamientos de origen. Es como sí, arrancando de puntos lejanos, fuerzas distantes intentasen realizar algo que no solamente no está en contradicción con las ideas del socialismo, sino que en esos ideales hallan más fielmente su punto de encuentro".

7. LIBERTAD Y JUSTICIA: MERCADO Y PLAN

Las sociedades pueden calificarse como democráticas cuando se organizan en Estados de Derecho que respetan los derechos humanos, permiten a los ciudadanos participar en la generación de los poderes públicos e influir en sus decisiones y les ofrecen igualdad de oportunidades para desenvolverse en la vida social.

La mera garantía jurídica del libre juego de los intereses privados, el reconocimiento formal de derechos y libertades y la posibilidad de determinar quienes deben ser los gobernantes no aseguran ni que ese libre juego de intereses en lo económico vaya a contribuir a la satisfacción de las necesidades humanas, ni que ese reconocimiento formal de derechos y libertades se corresponda con la posibilidad de ejercitarlos y con la igualdad

de oportunidades en la realidad, ni que esta facultad para designar autoridades vaya a obligar a éstas a respetar la voluntad, los derechos o los intereses de sus mandantes.

En otras palabras, la resultante del espontáneo juego de intereses económicos, posibilidades jurídicas y opciones políticas tiende a producir desequilibrios y desigualdades que no conducen a conformar un orden social equitativo y racional.

De ahí la necesidad de legitimar la existencia de una instancia política -el estado-, que no sólo garantice la observancia del orden jurídico, sino que igualmente ejerza un poder social para orientar a la sociedad hacia el logro de los valores humanos superiores, que como la justicia, la libertad, la solidaridad, la defensa de la naturaleza y la posibilidad de actualizar todas las potencialidades humanas, han ido históricamente constituyéndose como ideas-fuerza y como referentes éticos movilizadores de la conducta humana.

Esta orientación finalista de la actividad del estado, en función de la satisfacción de las auténticas necesidades humanas es absolutamente consistente con la naturaleza racional del hombre, que lo lleva a perseguir determinados objetivos, mediante la creación de instrumentos materiales y conceptuales que se aplican para lograrlos.

Uno de los instrumentos destinados a favorecer el desarrollo de las fuerzas productivas y la eficacia en la actividad económica, es el mercado. Este no existe para procurar directamente la satisfacción de las necesidades humanas, sino para hacerlo indirectamente, creando las condiciones que la hagan posible.

El hecho de que en determinadas fases del desarrollo social, cuando aparece la mercancía, sea el mercado un eficiente medio para asignar recursos en provecho de un aumento de la productividad del trabajo, no significa que necesariamente y en todo tiempo y lugar tenga que ser así. La subestimación de las potencialidades creativas que alberga el mercado, no significa negar su carácter instrumental y, en consecuencia, la necesidad racional de subordinarlo a las finalidades conscientes queridas por el hombre, necesidades que la "mano invisible del mercado por su misma naturaleza no está en condiciones de percibir.

Por eso, desde un punto de vista humanista y socialista es un grave error en el que se incurre cuando se considera a la economía de mercado como consustancial con la naturaleza humana y como portadora de un valor en sí, de la misma naturaleza que puede ser la justicia, o la libertad.

En esta equivocada y en el fondo antihumanista evaluación del mercado incurre hasta la última encíclica pontificia, "Centesimus Annus", y múltiples declaraciones de principios, resoluciones y tratados internacionales recientes, en los que la economía de mercado se presenta como una directa exigencia de la naturaleza humana, y, por tanto, todo lo que la limite o niegue resulta atentatorio a los derechos naturales del hombre. Lamentable y profundo error.

La economía de mercado supone al reconocimiento del ejercicio de la libertad en el plano económico, de la producción y del consumo. Ahora bien, el pleno ejercicio de esa libertad conduce, por una parte, a una desigual distribución de la riqueza, por el simple y espontáneo juego de la tendencia acumulativa del poder. Por otra parte, para que esa libertad pueda producir a través del mercado los deseables efectos que se esperan de ella, es menester que haya desigualdad en la repartición de la riqueza y el poder. Una desigualdad no derivada directamente de la diferencia natural entre los hombres, sino una desigualdad que ha ido paulatinamente institucionalizándose y cristalizando en un orden social clasista impuesto y legitimado por el Estado.

Que esa desigualdad sea condición para la acumulación primitiva capital y para su ulterior reproducción, y que ésta sea a su vez supuesto para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, es otra cosa. Quiere decir sólo eso, pero en manera alguna que esa desigualdad adquirida y que la economía de mercado sean consustanciales con la naturaleza humana.

El mercado es ciego. Para las leyes que lo regulan -a la manera de las leyes naturales-, no existe la justicia. Esta no adviene, pues, espontáneamente a la sociedad, y si se quiere que ella impere en ella, se necesita la consciente e intencionada actividad humana, concentrada en organismos e instituciones que devienen en actores políticos. Entre ellos, preferentemente el Estado, como la más inclusiva, pero no exclusiva de las instituciones que reflejan las aspiraciones e intereses que gravitan en la sociedad civil. Y decimos "no exclusiva", porque los poderes locales, los partidos políticos, las asociaciones culturales, los medios de comunicación, la literatura, etc., que forman la trama de la sociedad civil, constituyen el sustrato sobre el que debe apoyarse el estado para poder ejercer su función rectora en la sociedad.

Toda acción humana, ya se deja dicho, en cuanto tal, persigue un fin y crea y utiliza instrumentos para conseguirlo. Y esto, no otra cosa, es proyectar o planificar. Por tanto, si el mercado es útil para conseguir un fin, como es promover el auge de las fuerzas productivas, es por lo mismo un instrumento o medio que se inscribe en un contexto distinto y más trascendente, un dominio metaeconómico en relación al cual el desarrollo de las fuerzas productivas es sólo un medio. Un medio que es condición necesaria pero no suficiente para alcanzar una finalidad superior, como es la de colmar las necesidades fundamentales del hombre, para que pueda vivir una vida digna. Es, pues, la dignidad del hombre la finalidad última a la que apunta el plan o proyecto, humanista y socialista, que define su carácter como opción por la justicia y la razón.

A este respecto, del fracaso del experimento socialista en los países del llamado "socialismo real" no se puede inferir nada en contra de la procedencia o inconveniencia de la planificación en sí, ni ello autoriza cuestionar la naturaleza esencialmente planificable de la actividad humana. Lo único que cabe inferir de ese fracaso es que requiriéndose para el éxito de un plan determinadas condiciones, éstas no se dieron en el caso de dichas experiencias, lo que explica las imperfecciones de los planes y, por tanto, las insuficiencias que resultaron de su aplicación.

La relación entre plan y mercado se establece así, desde un punto de vista socialista, definiendo al mercado como un medio para optimizar la asignación de recursos en una economía en determinadas condiciones, lo que no excluye el uso de otros expedientes que apunten eficazmente al mismo fin, estando desde luego esas finalidades económicas sobredeterminadas por la necesidad superior de que todo ello contribuya, en último término, a dignificar la vida humana.

Semejante criterio permite también conjugar las diferentes formas posibles de propiedad, sobre la base de que esta institución, además de proporcionar un sustento material a la existencia humana -propiedad privada sobre los objetos de consumo y uso doméstico y familiar-, es y puede ser un medio para incentivar la actividad económica de los individuos en pos del lucro en una economía de mercado. Papel que, desde luego, cumple la propiedad privada de los medios de producción sociales en una sociedad capitalista. El aporte esencial de esta forma de propiedad al eficaz funcionamiento de la economía de mercado no excluye la propiedad individual -como medio de producción-, o la propiedad cooperativa -como forma de propiedad colectiva-, o la propiedad pública en sus diversas variedades -estatal, regional o municipal-, pueden también jugar su papel en una economía de mercado.

En las prácticas socialistas, esta conjugación del plan y del mercado, y de diferentes formas de propiedad ha tenido antes y tiene ahora aleccionadores precedentes.

En la historia de la Unión Soviética, el período llamado de la NEP (Nueva política Económica), consecutivo a la etapa del "comunismo de guerra" - en que se reacciona sobre los excesos voluntaristas, colectivistas y estatistas que se produjeron como consecuencia de la guerra civil y de la lucha contra la intervención extranjera -, y que se extendió entre los años 1922 y 1925, es una muestra de cómo la coexistencia del mercado y la planificación, y de diversas formas de propiedad privada y pública, puede estimular el desarrollo de las fuerzas productivas, aprovechar la iniciativa individual en el terreno económico e incrementar significativamente la riqueza colectiva. Hay quienes sostienen que si se hubiera perseverado en esta línea de política económica cristalizada en la NEP, otro habría sido el destino de la experiencia soviética y se hubieran ahorrado los enormes sacrificios

y penurias del período stalinista de industrialización forzada.

Igualmente, la experiencia china posterior al Pleno del Comité Central del partido Comunista de China de 1978, en el que se eliminan múltiples restricciones a la iniciativa y a la empresa privada y se promueve la apertura económica hacia el exterior, constituye también otro ejemplo de cohabitación entre plan y mercado, y de diferentes formas de propiedad, todo lo cual produjo innegables efectos positivos en el desarrollo económico de la agricultura, de la industria y de los servicios en China. Célebre es la respuesta que dio Deng-Tsiao-Ping, cuando se le interrogó sobre sus preferencias en materia de formas de propiedad y entre la empresa privada y pública: "No me interesa, respondió, si los gatos son negros, blancos o pardos; lo que me importa es que cacen ratones", queriendo significar con ello que, cuando se trata de producir ciertos efectos económicos, lo importante es lograr los resultados queridos y no engolfarse en discusiones bizantinas o ideologizantes, que olvidan a qué es lo que se está aspirando.

En reciente documento político, los comunistas chinos, sobre la base de los éxitos ya conseguidos en su política de articulación dialéctica entre plan y mercado - entre formas y relaciones sociales socialistas y capitalistas-, llaman al país a proseguir "su apertura hacia el mundo exterior, haciendo uso del capitalismo". Remarcan que el capitalismo representa una "etapa extraordinariamente importante en la historia del desarrollo social de la humanidad", con lo que de paso no hacen sino reafirmar uno de los conceptos fundamentales del "Manifiesto Comunista". Sostienen que China debe "desarrollar de una manera adecuada su economía socialista". Y en su sentido más amplio afirman "que hay que absorber de manera crítica los elementos de la cultura occidental" que nos sean útiles, en vez de rechazarlos indiscriminadamente.

Más, tanto en el caso de la NEP en la Unión Soviética como en la política de "reforma y apertura" de los comunistas chinos, las relaciones de mercado y la propiedad privada de los medios de producción son considerados como ingredientes promotores del desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, están enmarcados dentro de un plan general cuya finalidad última no es producir por producir, sino cumplir con los objetivos metaeconómicos de la política general -que apuntan a la satisfacción de las necesidades del hombre como sustento de su dignidad-.

La conveniencia de asociar plan y mercado y de combinar distintas formas de propiedad no responde sólo a que por largo tiempo, mientras la sociedad no alcance superiores niveles en su desarrollo científico tecnológico y en su conciencia política y ética, será imposible reemplazar el papel que el mercado y la propiedad privada del capital cumplen como asignadores de recursos y promotores del progreso económico.

También la exigencia de una asociación entre lo público y lo privado responde a la necesidad de evitar que la excesiva centralización en el estado de tareas que pueden cumplir mejor otras instancias sociales, genere pesadas y costosas burocracias y limite el espacio para que se aprovechen las potencialidades creativas del hombre, perjudicando la eficiencia en la ejecución de planes y proyectos.

Miradas así las cosas, la economía de mercado es susceptible desde un punto de vista socialista de integrarse en un contexto más comprensivo, como un recurso destinado a desempeñar un rol en el logro de metas que trasciendan la lógica del mercado y que se inscriben en otro universo más inclusivo, que gira alrededor del valor de la dignidad humana. Dicho en otras palabras, el mercado se involucra en el plan de dignificar al hombre y se legitima en tanto contribuye a promoverlo.

8. EL PARTIDO COMO FUERZA SOCIAL ORIENTADORA Y MOVILIZADORA

El proyecto o plan de dignificación de la vida humana no sólo tiene una dimensión económica. Los aspectos sociales y culturales de la vida, en su más amplia acepción, también necesitan estar referidos a valores que no emergen espontáneamente en la sociedad, sino que necesitan ser estimulados y fomentados conscientemente, a fin de que puedan ser internalizados por las conciencias e influyan positivamente en los comportamientos humanos.

Ligados, pues, a los planes y proyectos de los Estados están los valores y concepción generales acerca de la sociedad que, explícita o implícitamente, inspiran la acción de los poderes públicos.

Para los demócratas, un proyecto de gobierno o de transformación social requiere del apoyo de las grandes mayorías nacionales. Entendido este último término no sólo en su dimensión cuantitativa, sino también cualitativamente, en el sentido que ese apoyo masivo debe reflejar el respaldo a un conjunto de ideas y valores que impliquen una opción frente a las diferentes alternativas políticas.

Las sociedades, como los seres biológicos y las cosas físicas, son en mayor o en menor medida inertes. Todo cambia, pero así y todo, el cambio es muchas veces la excepción, y no la regla.

Un plan o proyecto de acción social y pública supone alterar el libre curso de los acontecimientos, movidos por esa "infalible mano invisible" de que hablaban los clásicos del liberalismo.

Por lo tanto, la promoción del cambio y de la transformación requiere de alguien, de alguna fuerza, de algún sujeto que se interese y esfuerce por producirlo. El Estado, y los otros poderes, sólo podrán devenir en agentes de la transformación social en la medida que están influidos por las fuerzas sociales que pugnan por cambiar la sociedad globalmente en determinado sentido.

Esto significa ser capaz de enfrentar y sobreponerse a las fuerzas de conservación social en las que se manifiesta la inercia del sistema. Y, además, significa ser capaz de visualizar el cambio como totalidad, en un sentido que trasciende la coyuntura, yendo más allá, por tanto, de los puntos de vista e intereses parciales e corporativos, que en el último término también están insertos en la trama constitutiva del orden social imperante.

Ese cambio social que se quiere promover resulta a su vez de una visión o perspectiva de la sociedad contemplada desde el punto de vista de quienes experimentan las carencias de la vida social, sus defectos y limitaciones.

Los cambios requeridos, por tanto, se explican y tienen su origen en un punto de vista que los marxistas llaman "clasistas" y que los cristianos entienden como el resultado de una "opción por los pobres". Dos maneras de expresar un mismo enfoque de las sociedades escindidas por intereses objetivamente antagónicos y de la toma de posición frente a ellos.

La instancia social que cumple ese rol de influir a la sociedad y al Estado es la instancia política que se conoce con el nombre de Partido.

La existencia del Partido -en ese sentido lato que acabamos de precisar, como fuerza promotora de cambios, por tanto, supuesto de cualquier proyecto de transformación social.

La función esencial del Partido es gravitar en la sociedad y, a través de esa gravitación en la sociedad, influir en el Estado y demás poderes públicos, para que éstos devengan en agentes del cambio social que se trata de producir.

El dar forma orgánica y aparente a la fuerza social que aspira a gravitar en la sociedad e influir, y en lo posible, controlar el accionar de los poderes públicos, supone desde luego una determinada articulación estructurada de conductas humanas coincidentes en las mismas finalidades.

El que esa estructura sea eficaz no se expresa fácil. Ello supone la utilización de los medios técnicos actuales en materia de comunicaciones, de administración y de asesoría científica. Eso a su vez, requiere de una adecuada política de finanzas partidarias, que puede proporcionar el requerido sustento material a un Partido moderno y eficiente.

Un proyecto de construcción de Partido, en las nuevas condiciones del mundo y de nuestro país, exige el abandono de muchos conceptos y prácticas organizativas ligadas a contextos sociales muy diferentes al de las sociedades evolucionadas, abiertas y más o menos democratizadas que prevalecen en la actualidad, y que nada tienen que ver con las circunstancias que caracterizaban la realidad político-social de comienzos de siglo, de la que se derivan muchas de las ideas que todavía inspiran a estatutos y reglamentos obsoletos, pero todavía vigentes en el papel.

Sobre esta materia, en mi contribución al debate previo a la Conferencia de Organización del año pasado, yo expresaba:

"La experiencia de más de medio siglo de nuestro Partido y las lecciones que arroja la experiencia ajena, dentro y fuera del país, nos entregan un rico material para intentar un replanteamiento integral de la problemática de la organización partidaria, acorde con dichas experiencias y con los requerimientos que hoy se exige de la actividad política, muy diferentes de aquellos que prevalecían cuando se elaboró la matriz teórico-política que ha servido de base a estatutos y reglamentos desde 1933 hasta la fecha.

No hay que olvidar que el principal modelo en la especie lo fue el llamado en su tiempo "partido de nuevo tipo", que fue concebido por Lenin para enfrentar a comienzos de siglo a la política represiva del zarismo ruso mediante una organización clandestina, en el contexto de una sociedad patriarcal y autoritaria, que no había vivido en profundidad la revolución burguesa, en la que el racionalismo y el liberalismo sólo habían permeado a franjas limitadas de las clases medias ciudadanas, y que carecía por tanto de instituciones democrático-representativas y de experiencia en las contiendas cívicas y democráticas. Cuadro absolutamente distinto al de Chile de hoy, lo que amerita una profunda reflexión crítica colectiva para encontrar la mejor forma de orgánica partidaria, que responda a las exigencias del tiempo presente y al logro de nuestros objetivos programáticos inscritos en una perspectiva socialista.

La disfuncionalidad entre la estructura formal del Partido y la realidad de la vida partidaria es un fenómeno que se advierte ya desde hace tiempo y que incluso es una carencia que se puede detectar en los albores de la historia del Partido. Los canales y las vías por las que ha transcurrido el quehacer socialista, las más de las veces poco han tenido que ver con las formalidades reglamentarias y las apariencias estatutarias.

No obstante que, a mi juicio, la profunda reflexión requerida para dar un salto cualitativo hacia adelante en la próxima Conferencia Nacional de Organización no se ha llevado a cabo, me atrevo a sugerir un conjunto de criterios para renovar la estructura orgánica partidaria, en el que es posible reconocer cuatro ideas-fuerzas esenciales:

- 1) Una apertura del Partido hacia la sociedad, ligándolo estrechamente a ella, superando las tendencias internistas, que llevan a volcarse al Partido hacia sí mismo, en desmedro de su inserción y de su capacidad de influir en el entorno social;
- 2) Una mucho mayor flexibilidad en las formas orgánicas partidarias, de modo de hacerlas funcionales a la base social en que se instalan;
- 3) Una profundización del proceso de democratización de la vida partidaria, que responda a las ansias de participación de los socialistas y a la necesidad de luchar contra el exceso de centralismo; y
- 4) Una modernización y tecnificación del funcionamiento de la estructura y del aparato partidario, con miras a elevar cualitativamente su eficiencia."

Y me refería, luego, a la forma como una reflexión creativa al respecto debe llevar a otra concepción de lo que debe ser la organización de base del Partido, a nuevas modalidades de relación entre Partido y

la masa y entre el Partido y el entorno social, y también a renovadas prácticas democráticas en la vida interna partidaria.

9. PLURALISMO, HEGEMONÍA Y RESPONSABILIDAD

Rasgo esencial de una fuerza socialista contemporánea -que se pretenda renovada- en su carácter pluralista. Pluralismo que hace posible el aporte de distintas vertientes ideológicas a la construcción de un acervo común y más rico que cualquiera de sus componentes. Pluralismo que recoge las diferentes y variadas experiencias históricas y prácticas de las tendencias que confluyen hacia un mismo cauce.

Pluralismo que permite el disenso y, luego, el debate y la discusión, para que de ello surja una visión superior y más lúcida de la realidad y de la forma de ir actuando sobre ella. Pluralismo que no es un valor en sí -en cuanto se sojaza en la diferencia-, sino en cuanto es una vía para que la variedad no degenera en contradicción destructiva, sino contribuya a forjar una unidad más compleja y enriquecida.

En el socialismo chileno la confluencia en su seno de diversas corrientes de pensamientos -marxistas, cristianas o simplemente humanistas-, dejando atrás estrechos sectarismos, refleja la profundidad del proceso de renovación que se está viviendo en el espacio socialista del espectro político chileno.

Pero este proceso, marcado por la reciente unidad de los socialistas y la concurrencia al seno del Partido de gentes provenientes de las diversas vertientes de izquierda -proceso en que personalmente el que esto escribe se involucró con fuerza y convicción- no está exento de riesgos. La forja de un nuevo y gran Partido Socialista, pluralista pero institucionalizado alrededor de un consenso valórico e ideológico básico, no ha culminado todavía. Y han emergido fuerzas centrífugas que promueven en los hechos una "archipelagización" del Partido en cuyo marco esas fuerzas centrífugas tienden a negociar entre sí para llegar a acuerdos cupulares sobre la base de la mayor o menor gravitación interna que ganen en agrias y estériles pugnas que solo sirven para estimular el internismo, el sectarismo y el fraccionalismo.

El predominio de esas fuerzas entrópicas conduciría a que sea en definitiva la "lógica del poder" la que termine por regir en la vida interna del Partido, en detrimento de una armónica y constructiva coexistencia de corrientes en la que cada una aspira a dar lo mejor de sí, para que sea el conjunto, y no las facciones, las que se aprovechen de ello.

Sólo en la medida que esa "lógica de poder" sea desplazada en la práctica de la vida partidaria por una racionalidad inspirada en los valores socialistas y patrióticos, que haga primar el interés del conjunto socialista por sobre los de los nucleamientos grupales, y el interés del pueblo y del país por sobre las ventajas partidistas, sólo en esa medida un Partido puede aspirar a conducir a ese pueblo y a contribuir positivamente al destino de la Patria.

La faena de conseguir el favor de las conciencias para la causa que se estima representativa de los intereses de las grandes mayorías nacionales, es lo que en el lenguaje de Gramsci podríamos definir como construir "la hegemonía" ideológica en el ámbito popular, en el sentido de alcanzar un consenso mayoritario alrededor de metas, ideas y valores que interpreten el auténtico sentir popular y nacional.

El definir al Partido como forjador de conciencia en el seno del pueblo "alrededor de mitos, ideas y valores", nos remite a la discusión abierta en los últimos tiempos acerca de si el Partido que queremos debe ser un "partido de ciudadanos" o un "partido de militantes".

Un partido de ciudadanos alude a un contingente de personas que se agrupa alrededor de objetivos inmediatos que afloran en el quehacer cotidiano y que apuntan a resolver, por tanto, problemas de la vida de «la ciudad», que comprometen al individuo en cuanto ciudadano, en su existencia normal.

El partido al que debemos aspirar trasciende, a mi juicio, esa inmediatez y se plantea tareas más a mediano plazo, para lo que se hace necesario «hacer conciencia» de la realidad, más allá de sus apariencias fenoménicas, alcanzando su trasfondo esencial, que es lo que se quiere alterar con la acción política transformadora o revolucionaria. Esa conciencia es el capital espiritual que permite que la política no se consuma en el accionar simplemente cotidiano, sino se proyecte para más adelante, prolongando en el tiempo la realización progresiva de lo que no se puede conseguir hoy, a fin de alcanzar después resultados más significativos, valiosos y permanentes.

Hacer conciencia, tarea esencial del actor político, equivale pues a actuar hoy en función del mañana, con el límite de que ese sacrificio de lo cual en provecho del futuro, debe ser algo querido y consciente y no impuesto por la fuerza, ni tampoco lesivo a los derechos fundamentales del hombre y su dignidad.

Pero para eso no se requiere ahora un partido de «militantes», en el sentido de miembros de una especie de «milicia», que parece estar más concebido como un ejército que va a asaltar el poder por la fuerza, que como una promoción de personas que se proponen de manera organizada crear conciencia en el seno del pueblo, para permitirle construir una sociedad que no sólo remedie los efectos de una carencia esencial, sino que apunte a suprimir esa carencia misma.

Por eso, en las condiciones de hoy, más que un laxo partido de meros ciudadanos inmersos en la contingencia y más que un cerrado partido de militantes puros que se niegan al presente para alcanzar la utopía, lo que se necesita es un partido organizado de ciudadanos comprometidos con una causa que está más allá de lo cotidiano, pero que se construye en el quehacer de cada día, compatibilizando dialécticamente las luchas de hoy con los objetivos más trascendentes del mañana.

En las condiciones chilenas - y en esto no hay grandes diferencias con el cuadro político que se presenta en todo nuestro subcontinente latinoamericano -, el esfuerzo por crear conciencia acerca de los grandes objetivos populares y nacionales por los que hay que bregar para profundizar la democracia, llenándola de un contenido socialista, se confunde en primer lugar con la lucha ideológica contra el pensamiento neoliberal.

Conquistar la hegemonía en la sociedad equivale, pues, en primer lugar a combatir y derrotar el pensamiento neoliberal, que es la forma principal en la que se ha manifestado en Chile la contraofensiva ideológica reaccionaria que legitimó y acompañó a la dictadura militar. No obstante que también estaba a disposición en la década de los setenta para cumplir ese rol legitimante de la contrarrevolución, la ideología nacionalista con rasgos fascizantes -siempre tan atractiva para los militares-, el contexto económico, político e ideológico dominante en el mundo en esos años determinó que fuera el elenco conceptual neoliberal el que en definitiva inspirara la acción del régimen militar, con el resuelto apoyo de las clases propietarias dominantes.

Como bien se sabe, el neoliberalismo, sobre todo en el llamado Tercer Mundo, apareció ligado estrechamente a la represión política, ya que era supuesto para que dicho modelo pudiera funcionar el que se crearan condiciones para una acumulación capitalista sólo viable sobre la base de obligar a pagar su costo compulsivamente a las clases trabajadoras.

El repliegue ideológico de las fuerzas de izquierda, frente a la contraofensiva neoliberal, ha adquirido proporciones alarmantes. No sólo por la insuficiencia de la crítica a la concepción de la sociedad y del mundo implícita en el neoliberalismo, sino también por la penetración que esas ideas han logrado efectuar en el mismo campo ideológico de la izquierda y, en general, en las corrientes de pensamiento avanzado.

Hay una retirada vergonzante de la izquierda y del socialismo en especial, en este campo -favorecida por el desplome de los llamados «socialismos reales» y por el verdadero monopolio que detentan las fuerzas conservadoras de los medios decisivos de comunicación social-. Es menester superar esta crítica situación, colocando como tarea privilegiada para las fuerzas y partidos populares el empeño complementario de criticar radicalmente a la ideología neoliberal en sus múltiples versiones y de diseñar y de levantar, como alternativa a ésta, un

proyecto a la vez consecuente y renovado.

El neoliberalismo conservador ha demostrado ser incapaz de resolver las grandes contradicciones globales de la humanidad a las que ya hemos hecho mención, y más aún, ha promovido su agudización, lo que no es de extrañar, ya que han sido las formas producir, de pensar y de valorar insitas en el capitalismo -cuya apología hacen los neoliberales- la fuente principal y originaria de dichas contradicciones.

No es posible, por lo mismo, que se oculte y disimule la responsabilidad de las estructuras y valores sociales constituyentes de la sociedad capitalista en la existencia y la profundización de los grandes problemas de la sociedad contemporánea, y que se pretenda incluso propiciar el retorno al liberalismo manchesteriano del siglo XIX, como panacea para resolver cuestiones que una sociedad inspirada por esa doctrina ha contribuido precisamente a generar en forma determinante.

Por lo demás, la insuficiencia y limitaciones del neoliberalismo de los años ochenta se han ya puesto en evidencia. El triunfalismo de los años dorados para las Thatcher y los Reagan ha pasado de moda. Es por otras vías por donde el hombre busca ahora la respuesta para satisfacer las carencias, desesperanzas y dolencias que agobian a la gran mayoría del género humano, y que contaminan también a las minorías favorecidas por el orden existente, en la medida que éstas han abandonado los valores que antes orientaban y se encuentran ahora vacías de cualquier otro sentido que no sea el de disolverse en el pragmatismo desvalorizado de la cotidianidad sin significación y el de acumular una riqueza que se despilfarra y consumir bienes superfluos que no se necesitan. No pueden así esas minorías legitimar su predominio en la sociedad ni menos justificar las penurias que experimentan quienes están excluidos de una prosperidad que ellos han contribuido a crear.

Las otras vías, las alternativas al neoliberalismo, no consisten en la mera morigeración de sus excesos para aliviar los gravámenes que hace recaer en las masas populares, sino deben descansar en otra matriz valórica e ideológica. Una matriz para la cual no puede ser el economicismo de la ganancia y del lucro la motivación esencial de la existencia humana, sino el dignificar a ésta, haciendo posible que sea la armónica y fecunda relación del hombre con la naturaleza y con sus semejantes, a través de múltiples formas de convivencia fraternal, solidaria y efectiva, la fuente de la dicha y la razón de la vida.

El segundo adversario que hay que enfrentar para alcanzar la hegemonía ideológica en la sociedad es el populismo. Se trata de combatir a la fácil inclinación de la izquierda política a convertirse simplemente en vocero o agente de los diversos intereses o aspiraciones segmentarias de carácter corporativo de los diversos sectores de la población. La tentación de optar por el fácil camino populista es grande. Proporciona, o se cree que apuede proporcionar, grandes dividendos electorales. Y es, además, un camino particularmente proclive para la demagogia y atrayente para los caudillos ambiciosos, que nunca faltan en los partidos de izquierda.

Pero, precisamente, como ya se ha dejado dicho, la tarea política de la izquierda es trascender los intereses y aspiraciones sectoriales y localistas, levantando una propuesta que los tome en cuenta, pero transformando estas reivindicaciones parciales en una demanda global, producto del procesamiento, mediante categorías conceptuales adecuadas, del sentir y de las aspiraciones espontáneas de las gentes.

En esta manera de entender las cosas, la llamada sabiduría innata popular y todas las variantes del espontaneísmo deben ser evaluadas discriminadamente. Hay en ellas ingredientes simplemente populistas, que son agitados con finalidades políticas coyunturales y que, en el fondo, tienden a reproducir el orden social existente. Pero, por otra parte, hay reivindicaciones que se afincan en una escala de valores distinta a la prevaleciente en la sociedad y de las que pueden derivar nuevas pautas distributivas, que apunten a un nuevo tipo de organización social. Estas últimas deben ser consideradas como elementos constituyentes de la demanda global de transformación social.

El partido político no tendría razón de ser si sólo se limitara a trasladar las demandas sectoriales al sistema político. Para eso existen los grupos de presión más o menos organizados, que cumplen esa específica

misión. Llámense sindicatos o agrupaciones poblacionales, locales, regionales, profesionales, culturales, generacionales, etc. Pero la función política, como tarea específica, es de otro orden. Debe construir un proyecto de transformación social, lo que envuelve superar las tendencias populistas, develando sus limitaciones y poniendo de manifiesto las deformaciones que conduce.

Ingrediente habitual del populismo, tan importante como el «reivindicacionismo» corporativista, es el supuesto, implícito en sus posturas, de que una entidad abstracta, con el nombre de «el pueblo», está detrás y legitima las demandas populistas. La creencia simplista de que el querer inmediato de las gentes se identifica con su interés objetivo -en el actual estado de desarrollo cultural y de conciencia política- sólo puede conducir a un seguidismo suicida de las direcciones políticas a las aspiraciones primarias y no procesadas de distintos y contradictorios intereses sectoriales -que no interpretan el interés del conjunto de lo que se quiere mentar cuando se habla de «el pueblo». Esta categoría metafísica, en el sentido de Comte, sólo adquiere sentido cuando se refiere a un pueblo que ha tomado conciencia de su real situación y ha logrado hacer suyas las ideas que le permiten descubrir cuál es su interés objetivo esencial, más allá de sus apetencias coyunturales y superficiales.

Los partidos populares, que normalmente se ubican en la oposición a los gobiernos conservadores, se habitan tanto a este rol en el proceso político, que llegan a generar lo que podría llamarse una cultura política «contestaria» u «opositora», con todo lo que ello conlleva en materia de aditamentos demagógicos, coyunturalistas y electoreros. Difícil resulta a esos partidos sustraerse a esa lucha intrascendente por sacar ventajas inmediatas. Y en la medida en que no se logra resistir a esa tentación, los partidos populares se deforman, degeneran y se convierten, en último término, en agentes electorales o trampolines para catapultar a los aspirantes al poder. Difícil resulta, por tanto, reemplazar esa lógica «opositora», por una lógica de la responsabilidad, que apunte a bregar porque se logren determinados objetivos de bien público, sitúese uno en la oposición o en el gobierno, en las condiciones de la democracia.

A lo que se debe aspirar es a enmarcar a los partidos populares en su papel de instrumentos al servicio del pueblo, y no considerarlos como fines en sí mismos, con lo que se desnaturaliza y se deslegitima su razón de ser.

La «lógica de la responsabilidad», que es lo mismo que decir lógica de la madurez, conduce a asumir a la política como «arte de los posibles», según la sabia definición aristotélica, y no como el ámbito en que compiten entre sí ideales y utopías ajenos a la realidad, ni como el campo en el que simplemente se disputa por alcanzar situaciones de poder, a menudo disfrazadas tras aparentes motivaciones ideológicas.

El tercer obstáculo con el que hay que lidiar en este esfuerzo por alcanzar la hegemonía ideológica de la sociedad lo son las diversas expresiones de la inmadurez política de las fuerzas políticas populares y de izquierda. Inmadurez que refleja un estudio primario en el desarrollo de la conciencia política, en el que prima por una parte el elemento de rechazo y de negación a lo existente, sin que se logre plantear una propuesta alternativa y, por la otra, prevalece la mera afirmación de lo propio, como cristalización de ese cuestionamiento de la realidad, todavía en una fase germinal.

Es lo que se ha llamado, en términos de Lenin, el «izquierdismo» o «extremismo», como expresiones infantiles del desarrollo político de movimiento revolucionario.

En esta inmadurez halla su origen el sectarismo y el dogmatismo, el voluntarismo y el ideologismo, tendencias todas que representan otras tantas vallas que superar para poder levantar una alternativa democrática de izquierda, que aspire a ser hegemónica en la sociedad, ampliamente respaldada por ella.

La rebeldía, la denuncia y el testimonio son elementos necesarios de una postura revolucionaria transformadora de la sociedad. Pero los movimientos populares no pueden agotarse en esa etapa primitiva, y en la medida que maduran y se desarrollan deben asumir una dimensión constructiva, que junto con retener lo valioso

y permanente del pasado, niegue sus limitaciones e injusticias y se proyecte en la creación de nuevas situaciones, que superen las insuficiencias de las anteriores.

10. PALABRAS FINALES

Para acometer cualquier empresa en la vida, es menester acumular energía y luego aplicarla a la finalidad querida. En la economía, para crear riqueza es necesario primero acumular capital, para después invertirlo en el rubro productivo que se ha elegido.

Así también en política, para modificar la realidad social -ya que ésta de por sí no genera espontáneamente ni justicia ni libertad, que son los objetivos socialistas-, es necesario crear conciencia, hacerla carne en los hombres y luego desplegar esa fuerza para ir avanzando hacia una sociedad mejor. Es la tarea que en Chile le corresponde realizar al Partido Socialista.

La fuerza socialista que se ha reunido junto al Partido Socialista, es y debe ser cada vez más una combinación de conciencia, organización y programa, que se propone ir rehaciendo progresivamente nuestra sociedad, en democracia, y en la dirección al socialismo.

Que lo intente hacer en democracia significa que apelará al respaldo de las mayorías nacionales para conseguir sus fines, que lo hará dentro de los marcos de un Estado de Derecho y que ser objetivo esencial será el respeto, el desarrollo y la profundización de los derechos y libertades para permitir la actualización de las enormes potencialidades que encierra la condición humana.

El afán por ganarse el favor de esas grandes mayorías para consolidar y profundizar la democracia, no se contradice sino que se complementa y se afirma con el empeño por ir paulatinamente dibujando el perfil socialista, a través de los avances democráticos, en cuanto la plena realización de la justicia y de la libertad hacia la que tiende el socialismo, es a su vez la forma de consumir la democratización de la sociedad.

Esta tarea de los socialistas chilenos se articula con las que, en semejante dirección, llevan a cabo las otras fuerzas democráticas de avanzada en los diversos países de la tierra. En definitiva, se trata de una brega común para toda la humanidad, y que en ninguna parte del mundo podrá consumarse plenamente, si no se alcanza una victoria a escala planetaria.

Nuestro trabajo, como socialistas chilenos, lo habremos de realizar impregnados con esa visión internacionalista de nuestras responsabilidades, teniendo siempre presente que nuestra patria está engarzada en el entorno que cada vez gravitará más en nuestro quehacer nacional, y nos permitirá involucrarnos de manera efectiva en el acontecer político mundial.

DECLARACION DE PRINCIPIOS DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (Proyecto)

ADONIS SEPÚLVEDA ACUÑA

1. La humanidad ha tenido como fuerza impulsora de su evolución la conflictividad entre las clases sociales generadas en el proceso de su desarrollo. El sistema económico social capitalista vigente más de dos centurias, es producto de esa evolución.
2. El capitalismo se sustenta en la propiedad privada de los medios de producción, el trabajo asalariado y la ganancia. Su modo de producción obliga a los trabajadores a vender su fuerza de trabajo por valores inferiores a los bienes que producen individual y colectivamente. El capitalista se apropia de este producto social y se enriquece con el sueldo no pagado al asalariado.
3. Las relaciones sociales en el sistema capitalista se caracterizan por el predominio de los intereses y privilegios de la burguesía y demás sectores poseedores de la riqueza sobre la mayoría social desposeída y oprimida ejercido a través de diversos instrumentos y mecanismos de control y coerción instituidos para su dominación social.
4. Los niveles inimaginables alcanzados por la ciencia y la tecnología, la mayor riqueza acumulada por esta superior tecnificación, la globalización de la economía y de los medios de comunicación y otros aspectos fabulosos de la modernidad, que posibilitan un bienestar universal, efectivamente han transformado sustancialmente las formas de vida actuales, pero no han solucionado las aberraciones esenciales del sistema. Persisten los antagonismos entre las clases y estratos en la sociedad civil. La inmensa mayoría de la gente vive alienada; en la marginalidad, la miseria, el hambre, la ignorancia, la inseguridad y la explotación. Cada vez son mayores las diferencias entre los países desarrollados y retrasados. El mundo está sumido en la contaminación y la depredación de la naturaleza. Gran parte del esfuerzo humano está transformado en armas capaces de destruir al planeta mismo.
5. La crítica y la impugnación de esta irracional organización económica y social capitalista, manifestadas desde los orígenes hasta hoy día por todas las corrientes socialistas -marxistas, laicas, cristianas-, se justifican plenamente y conforman la necesidad de establecer un orden socialista justo, solidario y libertario.
6. El Partido Socialista de Chile lucha por acceder al socialismo, tanto por un sentimiento humanitario de justicia cuanto porque la socialización surge de las características propias del modo de producción capitalista. Su mecanismo de exacción a la mayoría social es la clave que fundamenta el derecho de los trabajadores y oprimidos de liberarse de un orden sustentado por recuperar para el conjunto de la sociedad los medios fundamentales de producción que la clase capitalista ha acumulado para su propio beneficio.
7. El Partido Socialista propicia el cambio económico social para establecer una comunidad socialista asentada en los más altos valores acumulados en el curso histórico. De esta manera, asume la riqueza cultural, ética y científica creada por la humanidad, para colocarla al servicio del desarrollo pleno y libre del hombre como ser social.
8. El tránsito del capitalismo al socialismo es un proceso de proyección histórica, cuyo desarrollo está sujeto

a los flujos y reflujo que genera toda pugna por la transformación social. Sus características específicas obedecerán a las tradiciones, peculiaridades y condiciones concretas de cada nación y serán tanto más complejas y dificultosas cuanto mayor sea la resistencia de los sostenedores del viejo orden. En todo caso, será un proceso democrático de lucha de la mayoría social por alcanzar un orden superior de vida.

9. El fracaso o derrota de pasadas experiencias o de futuras opciones por alcanzar o construir el socialismo no justifican al capitalismo ni niegan el desarrollo de la sociedad actual hacia la socialización de la humanidad. El socialismo es una necesidad social, universal y la más noble aspiración de convivencia humana. Es una exigencia histórica plenamente vigente.
10. El Partido Socialista concibe la lucha por el Socialismo como el desarrollo de una fuerza social democrática, que une a hombres y mujeres tras los más nobles ideales humanos. sustenta como valores inalienables la libertad, la solidaridad, la justicia social, la paz; rechaza todo tipo de discriminación de raza, color, nacionalidad, edad o sexo; respeta el libre ejercicio de la religión de cada cual. Repudia la contaminación y la depredación ecológica. En general, defiende y lucha por todos los derechos humanos, especialmente de los trabajadores, la mujer, la juventud, la niñez, los desvalidos y el bienestar común.
11. El Partido Socialista concibe la instauración del Socialismo como un proceso, en donde la mayoría social expresa democráticamente su voluntad de acceder a nuevas formas de gobierno, para realizar cambios que impliquen desde sus inicios la más amplia participación de la comunidad y la aplicación de medidas que conlleven al languidecimiento progresivo de la naturaleza burocrática y coercitiva del Estado, de manera que hombres y mujeres todos sean realmente sujetos constructores del futuro de la humanidad y de su propio destino.
12. El Partido Socialista asume el legado y las experiencias históricas del movimiento obrero o su propio acervo teórico y práctico de medio siglo de praxis política. Asume este bagaje en forma crítica desde un enfoque marxista, concebido como un método de interpretación de la realidad, enriquecido por el desarrollo científico-técnico del constante devenir social y por el aporte del pensamiento y la acción de las corrientes cristianas y laicas a la lucha por el Socialismo. Consolidada, así, la conformación de una fuerza pluralista transformadora y revolucionaria de la sociedad.
13. El Partido Socialista centra su acción en la liberación del pueblo de Chile y de la nación toda, interrelacionando sus objetivos por una perspectiva internacionalista de la lucha por el Socialismo.
14. Dentro de sus principios internacionalistas, el Partido Socialista resalta su concepción latinoamericana de solidaridad y liberación antiimperialista y de una autonomía integrada y socialista de las naciones de la región.
15. El Partido Socialista es esencialmente autónomo. Resuelve democráticamente, por sí mismo, su ubicación y su actitud políticas, teniendo como eje de sus decisiones los intereses del pueblo chileno, sin perjuicio de las vinculaciones internacionales necesarias que no nieguen este principio.
16. El Partido Socialista es una organización constituida por trabajadores y sectores de la sociedad dispuestos libre y voluntariamente a luchar por la Democracia y el Socialismo.

Santiago, enero de 1993